

**TRABAJO DE GRADO
PROGRAMA PERIODISMO Y OPINIÓN PÚBLICA**

Diana Marcela Aristizábal García

**Premio Simón Bolívar de Periodismo:
Cuatro décadas de periodismo colombiano**

Presentado a la

UNIVERSIDAD DEL ROSARIO
Escuela de Ciencias Humanas

Bogotá, febrero de 2011

Premio Simón Bolívar de Periodismo: Cuatro décadas de periodismo colombiano

Introducción: Generalidades

En el año en el que se realizó la primera entrega anual del Premio Simón Bolívar de Periodismo, en 1975, varios hechos cambiaron la forma de hacer el periodismo colombiano.

La Copa América de Fútbol de 1975 -edición número treinta- obligaba a las selecciones suramericanas a jugar partidos de local y de visitante en los respectivos países sin que ninguno oficiara como sede del torneo, por lo cual se comenzaron a transmitir en directo a los hogares colombianos las hazañas de nuestros futbolistas en el exterior. Esto acrecentó, en cierto sentido, el sentimiento de nación.

Los colombianos que contaban dieciocho años de edad se vieron sorprendidos por una ley que cambió su condición de adolescentes por la de mayores de edad. Ya no eran los 21 años los que otorgaban plenos derechos civiles y políticos a los colombianos sino los dieciocho, determinados por una ley del Congreso Nacional.

Estas dos modificaciones, entre otras tantas, ampliaron el abanico de investigación periodística en temas sociales, judiciales y políticos. El oficio de periodista iniciaba un lento camino que años más tarde se convirtió en una especie de conciencia nacional por la que todos los ciudadanos tienen una tribuna de reflexión pero también de denuncia y de protesta. Con el periodismo se fortalece la democracia.

El escenario internacional atravesaba por situaciones difíciles, entre ellas la Guerra Fría. Al otro lado del Atlántico, en Francia, surgía el G8, formado por los ocho países más ricos del hemisferio norte. En España, al dictador Francisco Franco le faltaba poco menos de un trimestre para morir y poner fin a cuatro décadas de opresión. Los países latinoamericanos hacían su transición a sistemas democráticos y algunos de ellos,

A los países involucrados en esas coyunturas llegaban corresponsales colombianos para hacer sus reportajes en un castellano “colombianizado” y desde una perspectiva criolla. Esa clase de sucesos, y los no menos complejos hechos nacionales, crearon una época propicia para el fortalecimiento de la profesión periodística. Y ante la importancia que ésta cobró, surgieron los reconocimientos y los premios. Esos estímulos ganaron fuerza

en muchas naciones porque enviaban a la comunidad internacional el mensaje de que en ellas se respetaba el ejercicio periodístico y se respaldaba la creación de nuevos medios de comunicación.

México creó su Premio Nacional de Periodismo en 1976, y España en 1983 el Premio Rey de España considerado el más importante del ámbito iberoamericano. Pero en 1975 ya se había creado en Colombia, como queda dicho, el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, el galardón pionero en Iberoamérica.

La tecnología empezaba también su precipitosa revolución en las salas de redacción de periódicos y noticieros de radio y televisión. Se hicieron famosas las máquinas de escribir eléctricas de las marcas Remington y Brother que ayudaron a desarrollar un lenguaje más elaborado y preciso. La televisión en colores llegó a Colombia en 1979 y desde entonces las imágenes cambiaron la forma de percibir la información.

También aparecieron cambios definitivos en la manera de concebir la profesión de periodista. Antes de 1975 las noticias nacionales y los acontecimientos mundiales eran investigados y escritos por abogados, economistas y pensadores ajenos a las academias de periodismo. A finales de aquel año se promulgó la Ley 51 que reglamentó el oficio periodístico como una actividad profesional. Antes de ella, expedía el título una facultad o una escuela aprobada por el gobierno, o se obtenía mediante la demostración del ejercicio de la profesión durante cinco años continuos. Así mismo se creó la tarjeta de periodista, el “documento legal que acredita a su tenedor como periodista profesional”¹.

Las transformaciones del oficio habían surgido en 1949 cuando se fundó la primera facultad de Comunicación Social del país en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Esa generación fue espectadora del notorio incremento de la participación femenina en las empresas informativas. Las primeras mujeres del periodismo no estudiaron en universidad alguna, al igual que sus colegas hombres. Lucy Nieto de Samper llegó al periodismo sin haber cursado alguna carrera profesional; Gloria Valencia de Castaño se formó como filósofa y después llegó a la radio; María Teresa Herrán se graduó de abogada de la Javeriana, y Emilia Pardo Umaña se hizo periodista empírica en las oficinas de *El Espectador*. La costumbre les impedía firmar con su nombre y apellido. Debían hacerlo con un seudónimo.

¹ Ley 51 de 1975 del Congreso de la República. 18 de diciembre de 1975.

El posicionamiento y desarrollo como escritoras, presentadoras o locutoras se cumplió en principio con timidez y cierto aislamiento. La gran mayoría -quizás todas- inició su carrera en medios de comunicación y secciones enfocadas al público femenino: las revistas *Vanidades*, *Cromos para ellas*, *Coltejer* y *Contrapunto Femenino* y las frecuentes secciones de los diarios tituladas con la idea de *Correos del corazón*.

Entre los lectores ganaron interés algunos temas en secciones mediáticas que antes se ocultaban por considerarse irrespetuosos de la moral y las buenas costumbres. El aborto, la planificación familiar o la discriminación laboral femenina obtuvieron un espacio en los periódicos y en la radio. Pero con cierta frecuencia las consecuencias fueron negativas.

A Lucy Nieto de Samper se la acusó de hacer favores a las empresas farmacéuticas por hablar sobre planificación familiar; y Emilia Pardo Umaña debió exiliarse porque escribió artículos de tendencia política contraria a la de su propia familia en un reconocido diario de circulación nacional. Lucy Nieto de Samper fue la primera mujer que escribió una columna de opinión en el diario *El Tiempo*; Gloria Valencia de Castaño la primera que apareció en la pantalla chica, y María Teresa Herrán una de las primeras que habló sobre política, jueces y economía, temas que años atrás eran de dominio exclusivo de los hombres. En la década de 1970 el concepto de neutralidad política era ajeno a los medios de comunicación. Por lo general estaban vinculados a alguna causa partidista. La información noticiosa se dirigía tendenciosamente hacia algún partido político.

Estos cambios en el periodismo nacional; la profesionalización y la incursión de las mujeres en el oficio; y el fortalecimiento de los sistemas democráticos en Latinoamérica, allanaron el camino para la creación del primer premio de periodismo colombiano: el Premio Simón Bolívar de Periodismo. No se puede concebir esta creación como un hecho aislado y sin contexto. Por el contrario, debe ser visto como resultado de estas transformaciones del oficio y de los múltiples hechos que se desarrollaron durante los últimos cuarenta años.

Así, este trabajo periodístico tiene como objetivo hacer un recuento a partir de seis entrevistas de periodistas colombianos ganadores del Premio Simón de Periodismo durante los últimos 30 años, del oficio periodístico en Colombia dentro de reconocidas coyunturas informativas. También se pretende mostrar la importancia social del oficio periodístico para el Premio Simón Bolívar de Periodismo, que desde hace más de treinta años ha sido

una institución testigo de los cambios y avances del oficio en Colombia. El Simón Bolívar de Periodismo, como protagonista central de este trabajo, reconoce con cada versión anual del premio la importancia de la profesión como una actividad legitimadora de la mayoría de los hechos sociales con relevancia para la comunidad. .

Nace un Premio

En las paredes de la oficina de Relaciones Públicas de Seguros Bolívar y a la vez sede del Premio Simón Bolívar están colgadas las imágenes que registran los últimos 35 años del periodismo colombiano. Allí coexisten las fotografías de periodistas, presidentes de la República, poetas y escritores sonrientes y cientos de notables hombres y mujeres de la vida pública colombiana de las últimas cuatro décadas.

Al mando de este departamento de Relaciones Públicas está Ivonne Nicholls, directora y una de las creadoras del galardón. De breves palabras pero de contundentes logros en relaciones públicas, Ivonne recuerda los comienzos del Premio Simón Bolívar de la siguiente manera: “Yo le propuse al doctor José Alejandro Cortés –presidente de Sociedades Bolívar- la creación de un premio que profesionalizara el oficio del periodista”, recuerda Ivonne. La idea consistió en crear un reconocimiento a la altura de lo plasmado en la Ley 51 de 1975, y se oficializó en ese mismo año, el 24 de julio, día conmemorativo del nacimiento del Libertador.

El galardón forma parte de los proyectos de Responsabilidad Social de Seguros Bolívar. Su vicepresidente, Fernando Cortés McAllister, advierte que el Premio es una oportunidad de promover la democracia y asegurar la libertad de expresión, lo cual sólo se garantiza con un absoluto ejercicio de la libertad de prensa. “Nos parece importante dentro nuestros programas de Responsabilidad Social apoyar un premio de periodismo que permita el sostenimiento de una sociedad más informada y más equilibrada”, sentencia.

En cada entrega del galardón, el doctor José Alejandro Cortés revive el espíritu del periodismo, su razón de ser y la forma como éste se debe ejercer sin que pierda su independencia. Así lo declaró en la edición de 2007: “Decir la verdad, con el mayor cuidado posible, y dar la información más completa para que los ciudadanos se formen sus juicios y tomen las decisiones que les competen en la democracia, sigue siendo la tarea

central de los medios, inmensa pero limitada, pues la determinación final de las responsabilidades será asunto de las autoridades y de los jueces”².

Los tres principales encargados del Premio Simón Bolívar de Periodismo –José Alejandro Cortés, Ivone Nicholls y Fernando Córtes McAllister– están de acuerdo en que el Premio debe seguir su transformación según las variantes del periodismo: sus nuevas formas de realizarse, la innovación de las técnicas de reportería, la perfección de los géneros y la creación de otras categorías de información. “Nosotros como encargados del Premio tenemos la obligación de ir a la vanguardia con todos los procedimientos de información, de los esquemas sociales que en el futuro puedan ser considerados como periodismo. Lo que diferencia a nuestro premio es que ha madurado con los años y cambiado según evoluciona la manera de hacer periodismo”, señala Cortés McAllister.

Al Premio Simón Bolívar de Periodismo se lo considera el gran precursor en Colombia. A partir de 1980 se han creado otros reconocimientos regionales y nacionales, entre ellos el Premio del Círculo de Periodistas de Bogotá CPB en 1982, el Premio Nacional al Periodismo Económico ANIF en 1994, el Premio Amway de Periodismo Ambiental en 1996, el Premio de Periodismo Luis Enrique Figueroa Rey en 1996, el Premio Álvaro Gómez Hurtado en 1999, el Premio de Periodismo Mario Ceballos Araújo en 2003 y el Premio de Periodismo *Semana*-Petrobras en 2007.

En el ámbito internacional, hay que destacar importantes reconocimientos al periodismo como el Premio Pulitzer (1917), el Premio María Moors Cabot (1938), el Premio de la Agencia Reuters (1982), el Premio de Periodismo Rey de España (1983), el Premio Ortega y Gasset (1984), el Premio Internacional de Periodismo Investigativo Daniel Pearl (2002), el Premio Don Quijote de Periodismo (2005) y el Premio de la Sociedad Interamericana de Prensa, SIP. Puede advertirse que el Premio Simón Bolívar de Periodismo se creó años antes de algunos de estos galardones que son de los más anhelados y afamados en el mundo, lo que muestra una visión adelantada en el país del significado del oficio periodístico.

Se concluye así que el ejercicio periodístico es uno de los que recibe más reconocimientos. La razón consiste -según sus propios protagonistas- en que es arriesgado

² Cortés, José Alejandro. Discurso: “Globalización de la comunicación con un periodismo independiente”, en *Revista Ganadores, Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar*. Edición No. 6. Bogotá: Panamericana Formas e Impresos, marzo 2008. p.5.

y generalmente no muy bien recompensado. En esto coincide José Alejandro Cortés, quien sostiene: “Muchas veces los periodistas que hacen las labores de investigación o denuncia son descalificados ante la opinión, por unos o por otros, y acusados de simpatías por los violentos de uno u otro bando”³. De ahí que los premios y galardones de periodismo se convierten en una manera de recompensar un oficio que arriesga la seguridad y la integridad individual, tiene extenuantes y anormales horarios de trabajo -con pocos días de de descanso compensatorio - y por lo general para quien se dedica a él hay muchas noches en vela.

El Jurado

Los siete miembros del jurado que cada año escogen a los ganadores del Premio Simón Bolívar de Periodismo expresan en común que “elegir jamás será una tarea fácil”. En cada mes de enero se escoge a las siete personalidades encargadas de leer, escuchar, observar y analizar los trabajos que llegan desde todos los rincones del país. Actualmente el jurado está compuesto por Margarita Vidal, Héctor Abad, Rosario Córdoba, Carlos Castillo, Mario Galofre, Jorge Orlando Melo y Rodrigo Pardo. Algunos de ellos han sido a su vez galardonados con el Premio y conocen la doble condición del evaluador y del evaluado.

Una vez elegido el jurado, Ivonne Nicholls y su grupo de trabajo recorren el país para invitar a participar a los periodistas de las regiones y de las pequeñas ciudades. De esta manera tienen contacto directo con el periodismo que se hace en las calles de los pueblos, donde la radio se alimenta de la pauta de los productos locales y los avisos domésticos; allí donde las noticias salen de iglesias y mercados pero también de veredas y puestos militares y campos minados.

Entre los meses de enero y mayo empiezan a llegar los sobres en manila con los trabajos para la dirección del Premio. Han llegado a participar hasta 750 trabajos de diferentes periodistas. Cuando se termina de recoger todos los trabajos, son clasificados por categorías y repartidos por temas a los miembros del jurado. Ivonne Nicholls explica: “Los jueces deben leer todos los trabajos; después a cada uno se le entrega un determinado

³ Cortés, José Alejandro. Discurso: “Frente a la intimidación, una prensa audaz y valiente”, en *Revista Ganadores, Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar*. Edición No 5. Bogotá: Panamericana Formas e impresos, marzo de 2007.

número de trabajos correspondientes a prensa, radio, televisión e Internet, y una vez los estudian, debaten sobre cuáles pueden ser los finalistas”, explica. Cada lunes en la tarde se reúnen para discutir acerca de los artículos de prensa que pueden ser los finalistas. Para las categorías de radio y televisión el proceso es diferente. Escuchan o ven los trabajos en grupo – a veces se toman hasta siete horas seguidas-, luego debaten y llegan a un acuerdo sobre los ganadores.

La gran mayoría de jurados son periodistas o escritores reconocidos en el país. Por ello la participación de un historiador da una perspectiva diferente en las discusiones del Jurado. Jorge Orlando Melo tiene una larga trayectoria como académico, profesor universitario de Historia, fundador de publicaciones como *Credencial Historia* y director de las Ediciones de la Universidad Nacional. Desde 1998 ha colaborado como jurado del Premio Simón Bolívar de Periodismo. Con más de una década de experiencia evaluando los trabajos que llegan cada año a las oficinas de Relaciones Públicas, Jorge Orlando Melo considera que “es importante que se tenga dentro de la institución un abanico de perspectivas diferentes. Los jurados que forman parte del premio tienen una excelente formación sobre la actualidad. Yo pongo la visión del pasado, del largo plazo, y miro si los trabajos que concursan tienen contextualización y profundidad. Como historiador veo las cosas con menos urgencia, con menos preocupación del evento inmediato”.

Melo evalúa en los trabajos tres aspectos fundamentales: que tengan un lenguaje rico y buen uso del idioma castellano, es decir, calidad narrativa en el texto; que goce de objetividad, aunque “los periodistas dicen que la objetividad no existe, en lo cual yo estoy de acuerdo, pero sí existen la mentira, la manipulación de la información y la falta de contraposición de fuentes, por lo cual debe premiarse un trabajo claro, y lo más imparcial posible, y por último resalta que el trabajo tenga más profundidad y haya perspectivas de análisis inesperadas y exhaustividad en la investigación.

Se sabe que no es fácil el trabajo del Jurado. Todo el tiempo hay críticas, manifestaciones de desacuerdo, reclamos e intereses que quieren filtrarse. Lo importante, dice Melo, es que el Premio hasta el momento se ha manejado con independencia. “Hay una actitud muy respetuosa de la compañía hacia nosotros los jurados. Es inevitable pensar que las empresas no se den cuenta de la visibilidad que les otorga el dar un premio. Pero en el Simón Bolívar, además del prestigio que puede significar el premio, se aplica otra

filosofía. Se reconoce la independencia y la libertad para la toma de decisiones, y hay un interés legítimo por premiar prácticas adecuadas, responsables y serias del periodismo nacional”, declara Melo.

Experiencias sobre “el oficio más bello del mundo”

El Premio Simón Bolívar es una institución que desde hace 35 años consecutivos reconoce la labor de los periodistas colombianos. Alrededor de él se ha creado una comunidad de profesionales que comparte la pasión por el oficio, por lo que todos los años esperan ansiosos una nueva edición, ya sea para postular sus trabajos o servir como jurados, organizadores o simplemente como espectadores.

La experiencia de haber sido ganadores de este galardón en algún momento de su vida les significó cambios y oportunidades en su carrera profesional. Es así como tras casi cuatro décadas de trayectoria en los medios, muchos periodistas pueden hablar de las continuidades y transformaciones del oficio desde cuando iniciaron su carrera hasta el día de hoy; de cómo el premio también ha ido modificándose y adaptándose a los cambios generacionales, tecnológicos o históricos. Para el presente trabajo de grado fueron seleccionados seis periodistas que nos compartieron algunas anécdotas y reflexiones sobre el ejercicio periodístico, su transición desde los años setenta hasta ahora y algunos hechos históricos nacionales, internacionales y académicos que a su modo de ver cambiaron la manera de hacer práctico el oficio.

Con ellos se abordaron algunos temas específicos sobre la transición de la profesión desde la década de 1970 hasta nuestros días; aquello considerado en ese entonces noticia, en comparación con lo que se transmite como tal en la actualidad; las técnicas de trabajo de antaño y las de ahora; los instrumentos de antes y las nuevas tecnologías usadas para obtener la información.

El trabajo está dividido en tres partes y cada sección pertenece a una década de hechos que marcaron la historia del país y del oficio periodístico. Así mismo, en cada aparte intervienen los testimonios de dos periodistas que pueden ilustrar con sus experiencias personales y profesionales cómo se vivía el periodismo durante esos años, qué cambios perciben y qué estrategias y caminos tomaron para desarrollar su profesión. La narración de cada pareja de periodistas sirve como hilo conductor a la historia que marcó

cada década. También se quisieron poner en evidencia los puntos de encuentro entre las reflexiones de cada protagonista con referencia a los hechos que marcaron los cambios del oficio, y sus opiniones sobre la evolución de las prácticas, herramientas, metodologías, géneros y tecnologías del oficio.

Las casi cuatro décadas de existencia del Premio Simón Bolívar de Periodismo (1975-2010) sirven para revisar la historia del país y la profesión en el mismo periodo. Una y otra se retroalimentan y se fortalecen mutuamente. Desde el premio se puede ver cómo ha evolucionado la profesión, cómo se ha transformado y se han cambiado los géneros y las modalidades. Igualmente la historia de la profesión puede rastrearse y nutrirse de quienes han ganado el Premio Simón Bolívar, cuáles son los temas más abordados de cada década, cuáles se van privilegiando en los discursos pronunciados cada año, cómo van llegando nuevos protagonistas a la escena del periodismo nacional y cómo otros van desapareciendo.

Los seis periodistas invitados a este ejercicio de memoria cuentan algunos secretos de su profesión y cómo registraron las noticias y percibieron los cambios que llegaron al país. Las dos primeras décadas, las de 1970 y 1980, son descritas por Germán Santamaría y Darío Restrepo, dos periodistas que aprendieron la profesión de forma empírica, con la práctica en los diarios y la reportería en la calle, los pueblos, las comisarías, la selva y las plazas de mercado.

En la década de 1990 se vio un giro completo con la profesionalización del oficio y el crecimiento de Facultades de Comunicación Social y Periodismo en las universidades. Margarita Vidal y Alberto Salcedo Ramos se ubican en esta década no por ser contemporáneos en la profesión, pues Margarita le lleva algunos años de ventaja. Se ubicaron en esta segunda parte porque son representantes de una generación que se profesionalizó en la academia. Ellos se graduaron como periodistas de la Pontificia Universidad Javeriana y de la Universidad Autónoma del Caribe de Barranquilla respectivamente. Esto significa un cambio en la manera de hacer práctico el oficio, de entenderlo y apropiárselo. Además, les interesa trabajar en géneros y personajes muy específicos, Margarita con la entrevista a figuras públicas reconocidas ampliamente, y Alberto Salcedo en la crónica, con personajes que son vistos con una mirada diferente.

El tercer aparte será guiado por las historias de dos representantes de una generación reciente que obtuvo el Premio Simón Bolívar en la modalidad de Periodismo Joven, el cual se consagra con la Beca para el Taller de Periodismo Iberoamericano. Se trata de Andrés Mompotes y María Alejandra Villamizar, quienes muestran el rumbo actual del periodismo en los nuevos medios con las alternativas tecnológicas y la visión del oficio a partir del cambio del milenio.

Los años setenta y ochenta: profesión, periodista

Darío Restrepo y Germán Santamaría pueden representar el período “romántico” del periodismo de las décadas de 1970 y 1980, aquella imagen del reportero recorriendo las calles con su libreta de apuntes, con una exquisita sensibilidad para encontrar las novedades de cada día y una prodigiosa memoria para llevar la información luego al papel a falta de instrumentos como la grabadora. Ya han pasado casi treinta años desde cuando estos dos periodistas tuvieron su rol como reporteros, pero al escucharlos se nota que muchos de sus recuerdos y vivencias de esas décadas y de su trabajo en el diario *El Tiempo* permanecen intactos en su memoria. El paso por ese medio los marcó a ambos.

Darío Restrepo trabaja en el oficio hace 44 años, de los cuales lleva 40 en *El Tiempo*. Desde 1998 funge como director del sistema informativo CityTv, perteneciente a la misma casa editorial. En 2009 obtuvo el Premio Simón Bolívar en la categoría de Vida y Obra. Por su lado, Germán Santamaría trabajó trece años en ese diario, es miembro de su Junta Directiva y obtuvo el Premio Simón Bolívar en cinco oportunidades. En la actualidad es director de la revista *Diners* y en los próximos meses se convertirá en el embajador de Colombia en Portugal.

Darío Restrepo y Germán Santamaría, antioqueño y tolimense respectivamente, se sienten orgullosos de sus orígenes. Ven en el periodismo la más hermosa oportunidad para narrar y describir la diversidad de gentes, paisajes y culturas no sólo de sus regiones sino además del mundo entero. Darío Restrepo dialoga con palabras fuertes y contundentes y no revela que dentro del periodista serio y tranquilo que a diario da a conocer las noticias de Bogotá, habita un hombre tímido, agudo y reflexivo que huye de las entrevistas. Desde joven le ha gustado la política, fue dirigente estudiantil, editor político de *El Tiempo*, estudió Ciencias Políticas en París y en Londres y durante sus años de reportero

permaneció más tiempo en el Congreso de la República que en las salas de redacción. Entre sus pasiones está el bailar, hacer yoga, jugar fútbol, escuchar música barroca y leer historia universal.

Germán Santamaría es inquieto, conversador y polémico. Habla como si estuviera narrando una de las tantas crónicas por las que se lo reconoce en Colombia y en el mundo. Mira y analiza a sus interlocutores con ánimo de descifrarles el alma, y dentro de esa inquietante serenidad que aparenta, cuando se trata de escribir y de hablar suelta los más picantes comentarios. Igual que Darío, tiene un gusto particular por la política y se emociona cada vez que hay nuevas noticias: la liberación de un secuestrado, una operación militar exitosa, una decisión polémica en el Congreso, una discusión acalorada entre periodistas. Cuando ve, lee y escucha este tipo de noticias empieza a frotar las palmas de sus manos constantemente en señal de éxtasis.

A ambos se les pidió ubicar el momento preciso en que les nació la inquietud por el periodismo. Entonces coinciden y se remiten a sus épocas de infancia. La mirada soslayada de Restrepo indica un ejercicio de retrospectiva. Allá en Medellín cuando tenía nueve años, su maestra de lenguaje les pidió a los alumnos de la clase que hicieran una composición, un cuento, una poesía o quizás una entrevista a la mamá o al vecino. Al pequeño Darío se le ocurrió entrevistar a Fernando Gómez Martínez, director del diario *El Colombiano* en la década de 1950. “Yo creo que escogí el periodismo sin uso de razón. ¿Qué lleva a un niño de nueve o diez años a entrevistar al director de un periódico y no al papá o a la mamá propios? En aquella época entrar en esas oficinas era como pretender entrar en el Departamento de Estado. ¡Y yo estuve ahí frente a él. Me recibió en su oficina!”, rememora. Darío extravió la tarea y no recuerda si obtuvo una buena calificación o si la profesora le creyó su “precoz olfato periodístico”. Sin embargo cuando narra esta anécdota se ríe y se sorprende de su sagacidad, el valor por excelencia de los tímidos.

Entre tanto, Germán Santamaría devuelve la memoria a las tierras del Tolima, a uno de sus pueblos más progresistas, el Líbano. En ese municipio de cafetales e inquietudes intelectuales y literarias nació Santamaría. En sus recuerdos de infancia se detiene en la época del bachillerato para explicar su amor por las palabras. En el Líbano un profesor le preguntó: Germán, ¿usted quiere ser escritor?, y Germán asintió. El profesor le dijo: Yo

tengo un amigo que estudió conmigo y que se llama Gabriel García Márquez, y le voy a regalar a usted uno de sus libros.

El alumno leyó en una tarde aquella obra de García Márquez. Fue tanta la emoción de Santamaría, que bautizó el centro literario de la escuela que él dirigía, con el nombre del escritor de Aracataca. El periodista recuerda que en aquel tiempo no era reconocido el nombre del escritor, pero años más tarde fue utilizado para bautizar cientos de institutos, museos, colegios y escuelas del país.

Santamaría dice que en aquel entonces “nuestro Nobel apenas si se conocía en Colombia, pero yo desde adolescente quería ser algo así como él, como ese señor que se llamaba Gabriel García Márquez. Pero yo, un chico de provincia, necesitaba comer y necesitaba vivir, y ser escritor implicaba una estabilidad económica, y entonces vi que lo más parecido a la literatura era el periodismo. Al fin y al cabo ambos se hacen con palabras”.

Tanto Germán Santamaría como Darío Restrepo guardan con especial cariño el recuerdo de este primer contacto con el oficio en sus lugares de origen. La aproximación más real se produjo años más adelante al encontrarse de frente con la algarabía de las salas de redacción, con teclados ametrallados por manos diestras en las palabras, voces de radios y televisores, murmullos de las grabadoras de las que se transcriben declaraciones, sorbos largos de café y el inconfundible sonido del periódico cuando se lo lee con avidez.

Darío Restrepo antes de convertirse en el director del noticiero CityTv, fue locutor de emisoras locales, participó en programas de Caracol Radio, fue subdirector del diario *El Espacio* y editor general de la revista *Semana*. De sus años como reportero rememora con especial agrado aquellos en los que vivió en la ciudad de Pasto cuando era corresponsal de *El Tiempo*. Mientras los evoca, baja la mirada y toma de manera esporádica los tirantes negros que caracterizan su atuendo. Dice que fue en ese entonces cuando sintió el impulso y el palpito de reportero. Era un paisa recién llegado a las frías montañas nariñenses. Se sentía incapaz de saber cómo podía cubrir las noticias locales sin conocer a nadie ni ningún lugar y sin saber compartir las costumbres de esas tierras.

Entonces se dejó llevar por su intuición y por la recursividad propia de los antioqueños. Cansado de sus “novatadas”, de nunca llegar a tiempo al lugar de los hechos, tomó una decisión que marcó para siempre su carrera profesional: llamó a la oficina

principal del Cuerpo de Bomberos de Pasto, se inscribió en un curso y se ofreció como voluntario. “Los bomberos son los primeros que llegan a los accidentes, los incendios, las inundaciones y los hechos que ocurren en las ciudades pequeñas. Me convertí entonces en el mejor reportero, el más rápido, el más ágil y el que estaba de primero en el lugar de los acontecimientos. Tanto así, que me convertí en el jefe de prensa de los Bomberos”, narra.

La seriedad de Darío contrasta con el tono picante, apasionado y rápido de Germán Santamaría para recrear sus primeros años en el periodismo. Tenía sólo 23 de edad cuando comenzó a redactar sus primeras crónicas sobre Bogotá y el mundo. La intensidad y la vitalidad del periodismo de aquel tiempo las recuerda en cada viaje, cada vez que presenció un terremoto, un golpe de Estado o un cambio de Presidente. Ahí estaba él junto al cañón, oliendo el hedor de las tragedias, conociendo de cerca el poder de la naturaleza y el deseo de poder de los hombres. Para llegar a los terremotos de Popayán en 1983 y de México en 1985, viajó en avionetas o en helicópteros que lo sacaban bruscamente de cualquier rastro de somnolencia que tuviera.

Germán Santamaría trae a su memoria uno de los momentos que más han marcado su vida como reportero. Una vez en el Caquetá se encontró con una anciana que vivía en medio de la selva en una choza humilde rodeada de árboles, con una hectárea de coca y sin nada más que ocho cerdos como compañía. De los ocho cerdos, como diría el cuento infantil, le quedó sólo uno porque “el león”, como ella le decía al jaguar de los Andes, se los fue devorando uno a uno. Allí se encontraban Germán, la “pobre viejecita” y su cerdito esperando el jaguar feroz. Germán encontró en la vida de esa colonizadora de las selvas del Caquetá una historia que merecía ser contada, pues retrataba “el estado de abandono en el que viven muchos colombianos cosecheros y agricultores, esperando a que un jaguar real o el de la pobreza los devore”, afirma hoy Santamaría.

Los trabajos periodísticos de Germán Santamaría y Darío Restrepo ponen especial énfasis en las micronoticias, los personajes cotidianos y los problemas locales y aparentemente invisibles para explicar problemas más amplios y complejos. Esta perspectiva del periodismo local es el resultado de una clara influencia académica que tuvo su auge durante las décadas de 1970 y 1980.

La revolución historiográfica francesa, con la Escuela de los Anales, la nueva historia cultural y la microhistoria, despertaron en los periodistas latinoamericanos

inquietudes literarias, históricas y periodísticas sobre la manera de retratar el denominado *hecho social*. Fuera de las figuras públicas, de los acontecimientos políticos y económicos considerados *de primera* por criterios editoriales, en la agenda mediática de aquellas décadas entraron otros temas de carácter social, cultural, ambiental y humorístico.

Igualmente se reactivaron los géneros de crónica, perfiles y semblanzas como los lenguajes idóneos para tratar tales temas. Este doble cambio se puede ver retratado en algunos títulos de crónicas de esas dos décadas como lo son *Señoritas Colombia: Reinados bajo la lupa*, de Camándula; *El brasier que tenía memoria*, de Santiago Pardo; *Un blanco entre negros*, de Gonzalo Arango; *La tragedia de Armero: Omayra y Consuelo, dos niñas en el barro*, de Germán Santamaría.

Otra influencia importante que tuvo el periodismo colombiano de la generación de Restrepo y Santamaría fue la escuela del Nuevo Periodismo estadounidense, correspondiente a las décadas de 1950 y 1960. Su mayor representante fue Truman Capote, con su reveladora novela *A sangre fría*. Este controversial escritor estableció la mezcla idónea entre la belleza literaria, el trabajo riguroso de investigación periodística y la importancia de las pequeñas señales, de los sucesos menos reveladores y los sujetos más invisibles para contar grandes historias.

Darío Restrepo y Germán Santamaría pertenecen a la estirpe de periodistas que en pleno ejercicio del oficio descubrieron todos los tintes posibles de nuestro país. Describieron la realidad colombiana que para ellos, como para muchos otros colegas, ha sido tanto un privilegio como una tragedia. Al comparar los hechos de la historia que marcaron la profesión, se pueden advertir diferencias entre la manera en que se ejercía el oficio en una época y en otra. Los años de 1970 todavía tenían algo de “tranquilidad”. Esto, teniendo como referente la dimensión y gravedad de los hechos que se desarrollaron en décadas posteriores. No significa que no se hayan presentado episodios de violencia durante esa época, sino que no se había llegado aún a la amenaza directa de la narcoguerrilla, el secuestro en masa, el cultivo de coca, los atentados terroristas.

Una muestra de la vida tranquila de aquellas épocas la ofrece el diario *El Tiempo* en su primera página del 1 abril de 1970, que contiene una fotografía del entonces presidente Carlos Lleras con su ministro de Comunicaciones Antonio Díaz caminando tranquilamente

por la Carrera Séptima de Bogotá. En la imagen, ambos aparecen distendidos, sin guardaespaldas y transitando junto con otros ciudadanos.

Darío Restrepo sonríe con disimulo y se muestra reflexivo cuando habla sobre lo que extraña de sus épocas de reportero a finales de la década de 1970. Estaba en Bogotá y cubría las noticias de la sección política. Realizaba un seguimiento noticioso sobre el presidente Carlos Lleras Restrepo, quien andaba en un viejo automóvil negro conducido siempre por un mismo conductor, de apellido Rojas, al que los reporteros llamaban *Rojitas*. “Era normal que un Presidente pudiera ir a su oficina en un solo carro y con su propio conductor. Nada parecido a los ejércitos que custodian hoy en día a los líderes políticos. Cuando uno ve estos cambios, no se puede más que añorar esas épocas y ver cómo ha cambiado también el país”, afirma.

El testimonio de Restrepo pone en evidencia la manera de hacer periodismo y la relación que había entre las fuentes y el periodista durante aquellos años, lo cual es bastante diferente de lo que ocurre ahora. La sensación de seguridad que percibían de los personajes públicos para movilizarse y la mayor cercanía entre fuentes oficiales con los periodistas, como le sucedió a Restrepo, *Rojitas* y el Presidente Lleras, condujo a que muchos reporteros se afiliaran a una tendencia política. Esto les permitía tener un acceso privilegiado a las primicias del gobierno o de los partidos políticos de aquel tiempo. Ni siquiera en la teoría, y mucho menos en la práctica, el periodismo de la década de 1970 era considerado un ejercicio que necesitara de la imparcialidad o la neutralidad. Los lectores y la audiencia, en general, esperaban recibir opiniones diferenciadoras y nutrirse con los comentarios, críticas y aplausos que hacían los periodistas a los partidos políticos o al gobierno.

En una ocasión, *Rojitas* conducía el automóvil del presidente Lleras por las carreteras de una vereda de Cundinamarca. El auto se quedó atascado en un barrial. Restrepo toma de ejemplo esta experiencia para demostrar que “si algo parecido ocurriera hoy con el vehículo de un Presidente, probablemente vendría un tanque de guerra, un avión sobrevolando, una ambulancia blindada y un tropel del ejército”.

En aquella tarde Darío Restrepo, otros dos periodistas y *Rojitas* sacaron del barrial el auto presidencial. Nadie se dio por enterado del suceso “Ese era un trabajo que hacíamos personas de carne y hueso, que íbamos por razón del oficio al lado del mandatario”,

recuerda. La sensación de seguridad y tranquilidad todavía estaba algo presente tanto en el oficio periodístico como en el ejercicio del poder político. La mutua confianza y la complicidad entre los periodistas y los personajes de la vida pública nacional era la manera simple, conocida y aceptada de hacer periodismo en la década de 1970.

Algunos hechos se destacaron especialmente en el devenir nacional de aquellos años y ocuparon las principales páginas de los periódicos, los espacios de la radio y la pantalla chica. El entonces presidente Misael Pastrana Borrero (1970-1974) impulsaba la revolución financiera con el plan de Las Cuatro Estrategias, el cual consistía en crear más empleo mediante la construcción de vivienda. La creación del Sistema Upac era el epicentro estratégico para el ahorro interno, y se renovó el Banco de la República al que se le dio mayor poder sobre la banca.

Estas reformas nutrieron las secciones económicas de la prensa nacional y obligaron a los reporteros a especializarse en temas propios de economistas y a comprender más a fondo el trabajo de los empresarios y comerciantes. Debíó de ser un trabajo más sencillo para los profesionales que procedían de otras carreras como la economía y el derecho y que trabajaban como redactores. A pesar de la profesionalización del oficio periodístico, en éste empezaba a ganar fuerza el ámbito académico. Y hoy, después de casi treinta años de profesionalización, se consideran una sana práctica el retornar a los usos anteriores y estudiar carreras diferentes del periodismo para ejercer el oficio.

El Gobierno de Misael Pastrana tuvo sus reveses. Por un lado, las constantes protestas universitarias, la clausura de dieciocho universidades por disturbios, los paros de maestros, las manifestaciones callejeras y una huelga nacional, mostraron que otras fuentes como las del sector educativo y sindical tenían un enorme peso en la estabilidad política del momento. Así, a pesar de que se habla de que en esta época se gozaba de una mayor tranquilidad tanto para las figuras públicas como para los periodistas -en comparación con los años posteriores-, también se vivieron momentos de tensión. No se vivía el miedo de las acciones narcoterroristas pero otras situaciones violentas quebrantaban la tranquilidad y seguridad del país. El mensaje que se transmitía en los medios, además de incluir otros testimonios, debía contener un lenguaje “pedagógico” que llegara a cualquier persona que quisiera entender las razones de las protestas.

En 1971 se decretó en el país la figura el estado de sitio que implicaba controles y restricciones a la radio. Las constituciones colombianas anteriores a la de 1991 promulgaban en teoría la libertad de expresión pero dejaban grietas que permitían restringirla como en este caso particular y en muchos otros momentos como el periodo comprendido entre 1949-1957. “La larga lista de censuras condujo a que en 1991 se buscara evitarla por completo”⁴, afirmó el historiador Jorge Orlando Melo en su columna “La interpretación en el país de las maravillas”, de *El Tiempo*.

Otras lecciones valiosas para el periodismo se desprendieron de los acontecimientos que se desencadenaron en los subsiguientes años. El 11 de abril de 1971 surgió la Anapo como tercera opción política. Días después se fundó el grupo guerrillero M-19, que ganó visibilidad con el robo de la espada de Bolívar, el atraco a camiones de leche y el asalto e incendio del Palacio de Justicia en 1985. Los periodistas colombianos aprendieron a reconocer y a filtrar el lenguaje polarizado de la violencia y las expresiones y los contenidos tendenciosos que pretenden imponer a la prensa una bandera ideológica. Al hacerse una comparación entre la prensa de la década de 1950 con las dos siguientes, e incluso la de ahora, Jorge Orlando Melo declara en su documento *La libertad de prensa en Colombia: pasado y perspectivas actuales*, de mayo de 2004, que “ahora los medios tratan de ocultar al máximo sus sesgos y preferencias y en vez de presentar al público una imagen ideológica clara y una posición bien definida, quieren que se los reconozca como medios neutrales”⁵.

Germán Santamaría presenta una visión particular sobre ese pasado. Fueron muchas experiencias las que han construido su vida profesional y las de otros periodistas de su generación. No falta la nostalgia, y sin embargo con ese tono decidido que lo caracteriza declara: “Yo nunca he pensado que el pasado sea mejor. Yo creo que el presente es mejor”. También recuerda cómo con su primera crónica escrita en el diario *El Tiempo*, sobre el río Bogotá, se hizo merecedor de su primer Simón Bolívar de Periodismo. Tenía entonces veintitrés años de edad. Él añora esos momentos en que el contacto directo con sus fuentes, le permitía descubrir mucho más del personaje de lo que en estos días se puede saber a

⁴ Melo, Jorge Orlando. “La interpretación en el país de las maravillas”, en diario *El Tiempo*. 18 de febrero de 2007.

⁵ Melo, Jorge Orlando. “La libertad de prensa en Colombia: pasado y perspectivas actuales”, en *Fortalezas de Colombia*. Bogotá: Editorial Ariel y Banco Interamericano de Desarrollo, 2004.

través de una llamada telefónica. Le gusta pensar en su libreta de apuntes, pero también admira las posibilidades y herramientas del nuevo periodismo. A él le gusta pensar en el pasado pero no para regresar a las antiguas prácticas. “Bueno, aclara, sólo hay una cosa por la que regresaría treinta años atrás: para conseguir novias jóvenes y bonitas”.

Germán Santamaría fue uno de los periodistas que presencié cómo el político liberal Alfonso López Michelsen era elegido Presidente de la República para el periodo de 1974 a 1978. Bajo su mandato se realizaron cambios sustanciales en el país, entre el mejoramiento de la capacidad energética, el aumento de la producción agrícola, la construcción de viviendas, vías y comunicaciones, y hasta tuvo ocurrencia una imprevista bonanza cafetera. Los periodistas hacían seguimiento a las señales del proceso de modernización de Colombia. Artículos como *La nueva carretera al puerto*, del diario *El Pueblo* de Cali (1977), de Luis Eduardo Cardozo; *Los trasplantes renales*, del diario *El Colombiano* (1977) de José Roberto Jaramillo; y *La otra cara de Bogotá*, de *El Tiempo* (1978) de Gloria Helena Rey, ponen en evidencia cómo los periodistas registraban los cambios urbanísticos y científicos que se producían en el país.

Parte de este proceso de crecimiento y desarrollo incidía directamente en los medios de comunicación. En 1979 llegó a Colombia una novedad mediática que les modificó el rostro y el sentido de estética a las imágenes hasta entonces transmitidas por la televisión. La “caja mágica”, nombre que se le daba en esa época al televisor, tenía una pantalla lluviosa de puntos blancos y negros. Para iniciar la década de los años ochenta, el objeto que despertaba todo tipo de admiración, tuvo un elemento novedoso: por primera vez se veían las imágenes en colores, más vivas y reales.

Los colombianos de los pueblos y las pequeñas ciudades se reunían frente a los ventanales de las casas de quienes tenían el privilegio de contar con ese “artículo de lujo”. Vieron cómo la realidad que se transmitía por televisión se parecía más a ellos, era más de “carne y hueso”. Cuando la televisión era en blanco y negro no había mucha diferencia con la radio, afirma el periodista Óscar Collazos, también ganador del Premio Simón Bolívar en el 2002. “Para hacer el libreto del noticiero había que servirse de los archivos fotográficos, único soporte visual de la noticia, o valerse de servicios noticiosos de las

embajadas. La televisión era igualita a la radio, pero con fotos fijas que le imprimían un carácter audiovisual”⁶, dice Collazos.

Fueron inagotables la creatividad y el ingenio personal de los primeros colombianos que trabajaron en la televisión nacional de la década de 1970, que crearon el contenido de las primeras “parrillas de programación”. En ese entonces los equipos profesionales de noticias crearon novedosos informativos como es el caso de *Diálogos de los martes*. Dentro de los programas infantiles estaba *Cumpleaños Ramo* y concursos como *Trece mil pesos por sus respuestas*, *Uno es de ley*, *La llamada Sears* y *El mundo está loco, loco, loco*. Otros programas estaban dedicados a la música y al teleteatro. La mayoría de la programación se realizó y se produjo a partir de la improvisación artística y de las pocas ayudas tecnológicas disponibles.

Con esta gran novedad mediática, “el país empezó a ver más que a escuchar, a ver más que leer”⁷, afirma Collazos. La televisión se convirtió en la principal competencia de la radio, cuyo camino obligado era renovarse, innovar en sus programas y crear otras alternativas auditivas. Pero ocurrió todo lo contrario porque fueron desapareciendo gradualmente los populares programas de concurso, las radionovelas y los programas en vivo. La programación se contrajo en general a la transmisión de grabaciones musicales y noticieros.

Durante la década de 1980 los colombianos se fueron acostumbrando lentamente a la seducción del entretenimiento audiovisual en colores, a los *shows* musicales de artistas internacionales del momento como Sandro, Emilio José, Miguel Gallardo y Camilo Sesto. Después de ese giro extraordinario de la televisión en blanco y negro al formato de color, el Premio Simón Bolívar de Periodismo también se acomodó a los cambios mediáticos que se adelantaban.

La primera entrega del Premio, en 1976, solamente contó con seis categorías dedicadas en general a prensa, al trabajo histórico y al periodismo gráfico. En el año siguiente las categorías se ampliaron y acogieron la televisión. Se premió por primera vez un trabajo en la pantalla chica: la serie *La contaminación (RTI)* del periodista Germán Castro Caycedo.

⁶ Collazos, Óscar. “Aparece la Televisión: la caja mágica”, en *Cincuenta días que cambiaron la historia de Colombia*. Bogotá: Planeta, 2004, p 232.

⁷ *Ibíd.*

En la década de 1980 aparecieron más categorías para radio y televisión y los analistas percibían los cambios que se estaban produciendo en el periodismo. El ex presidente Alberto Lleras Camargo lo señaló en 1981 en los siguientes términos: “La característica del momento colombiano y probablemente del mundo, es que la cantidad de imágenes que los medios de comunicación están vertiendo sobre la gente, segundo a segundo, lo hacen olvidar todo lo anterior, lo de ayer y antes de ayer, lo de hace un año, con los vertiginosos impactos de lo absolutamente contemporáneo. Hoy hay una historia instantánea que no da tiempo a la reflexión, a la revisión, a la confrontación”⁸.

Además de adoptar constantemente nuevas categorías, el Premio Simón Bolívar de Periodismo registra los temas más abordados y privilegiados durante estas casi cuatro décadas de existencia. Pueden destacarse los análisis históricos y geográficos y las crónicas de viaje, que en su momento trataron de reconocer y descubrir un país con lugares desconocidos. El periodismo de la década de 1980 ayudó a construir la nación mediante un reconocimiento del país y de su gente, su idiosincrasia y sus costumbres.

Ejemplos de tales trabajos fueron programas de televisión como Cámara Viajera, de Fernando González Pacheco, de Caracol; la serie investigativa de Alberto Mendoza Morales, titulada *Anatomía de un país* y publicada en el diario *El Espectador*, y las crónicas de Pilar Lozano e Inés de Rosé, Otra punta de Colombia, de la *Revista Diners*. Otro conjunto importante de reportajes tenía relación con el panorama de incertidumbre económica y política de la década de 1980. Algunos de los temas de mayor registro en los medios eran los estudios sobre el desempleo, la ilusión de la bonanza cafetera, el sindicalismo, los disturbios en las universidades públicas y las primeras señales claras del narcoterrorismo.

Los periodistas de la década de 1980 describieron esa situación. Jorge Yarce, en 1984, escribió en la desaparecida revista *Arco* un análisis crítico sobre la relación entre los medios de comunicación y la violencia. En sus palabras expresa su sentir como periodista: “Ninguna época ha conocido un clima de violencia terrorista como la actual. El clima de violencia terrorista causado por los grupos subversivos se refuerza con otros factores que también producen violencia. La inseguridad en las ciudades, las fallas de la justicia, el

⁸ Lleras, Alberto. “Discurso pronunciado día de la entrega del Premio a la vida y obra de un Periodista (1981)”, en *Premio Nacional de Periodismo: 30 años*. Bogotá: D’ Vinni, marzo de 2006. P 84.

desempleo, la falta de educación y vivienda, los disturbios universitarios y sindicales son, entre otros, factores que engendran más violencia”⁹.

En la ceremonia del Premio Simón Bolívar de Periodismo de 1986 afloraba en los discursos el sentimiento de incertidumbre sobre los peligros propios de ejercer la profesión y de ver cómo el país se destruía ante los ojos impotentes del gremio. Fernando Cepeda, el presidente del jurado de ese año, lo expresaba así: “La violencia en sus versiones más variadas sirve de entrada en buena parte para los trabajos periodísticos: desde la fotografía que registra un dramático suicidio, pasando por las crónicas que hablan de tortura, los informes sobre la tragedia del Palacio de Justicia, el desastre descomunal que arrasó a Armero, la investigación sobre el asesinato de Rodrigo Lara, hasta la venta descarada de la droga en pleno centro de la ciudad a ciencia y paciencia de las autoridades. Todas ellas son maneras de hacerles violencia a las normas que civilizan una sociedad”¹⁰.

En la década de 1980 también se destacaron otros fenómenos nacionales y mundiales. Los carteles de la mafia más importantes se consolidaron durante esa década, especialmente el de Medellín y el de Cali. Ambas estructuras se convirtieron en una amenaza permanente para gobernantes, periodistas, candidatos presidenciales, jueces, fiscales y policías, y en general para todos los colombianos que veían con angustia cómo la narcoguerra llegaba a las ciudades y a ciertas instituciones públicas.

En aquella época Germán Santamaría trabajaba para el diario *El Tiempo*. Fue testigo directo de cómo compañeros de gremio y maestros de profesión eran asesinados y caían como fichas de ajedrez en aquel terrible tablero de violencia y narcoterrorismo. Guillermo Cano, director de *El Espectador*, quizás sea la figura más recordada de esa violencia contra el ejercicio periodístico. Lo esperaba la muerte al salir del periódico el 17 de diciembre de 1986. Nueve años después se supo que quienes idearon el asesinato fueron Pablo Escobar, Rodríguez Gacha y Evaristo Porras, principales jefes de la mafia. A pesar de lo angustiosa que resultaba la profesión, los periodistas siguieron escribiendo, criticando, denunciando y sorprendiendo a la nación con cada hecho que se revelaba.

⁹ Yarce, Jorge. “Medios de comunicación y violencia”, en *Revista Arco*. Bogotá: Ediciones Arco, 1984.

¹⁰ Cepeda Fernando, “Discurso como Presidente del Jurado (1986)”, en *Premio Nacional de Periodismo: 30 años*. Bogotá: D’ Vinni, marzo de 2006. P 154.

Pero el terrorismo no era el único monstruo que atacaba a la población. En una noche calurosa del Tolima, el Nevado del Ruiz, situado en la cordillera Central entre el valle del Magdalena y el Cauca, despertó de su centenario sueño y rugió con tanta fuerza que escupió todo lo que había en él: lodo ardiente, piedras, fuego y agua. Aquel 13 de noviembre de 1985 la erupción sepultó a 25.000 de los 40.000 habitantes de Armero. Germán Santamaría fue el enviado de *El Tiempo* que cubrió la catástrofe. Llegó en un helicóptero a Armero a las siete de la mañana, cuando el lodo aún estaba caliente. “Recuerdo especialmente lo que ocurrió. Llegué a las siete de la mañana cuando todo estaba consumido en el lodo. Los hospitales tenían gente desnuda y llena de barro. En esos momentos vi escenas apocalípticas. Fue una experiencia de vida, una experiencia humana, espectacular y dramática”, recuerda Santamaría.

Cuando se le preguntó a Darío Restrepo qué hacía en la década de 1980, particularmente entre los años 1983 y 1984, se remite al programa de radio 6 a.m. 9 a.m. de Caracol Radio. En ese entonces Darío residía en Bogotá. Uno de los programas que más recuerda y que le significaron un despertar apresurado fue una entrevista en radio con el célebre Roberto Soto. En aquel momento se presumía que Soto Prieto estaba comprometido en un escándalo por el robo de trece millones y medio de dólares al Banco de la República. Restrepo y todo el equipo de Caracol lo encontraron en algún sitio escondido en Europa y lograron hacerle una entrevista. Gracias a ese trabajo, todo el equipo ganó el Premio Simón Bolívar de Periodismo en la categoría de Mejor Entrevista Radial. “Fue una sensación más que estimulante”, afirma Restrepo.

Darío Restrepo añora también la manera de hacer periodismo durante aquellos años. Con orgullo dice continuar con algunas prácticas metodológicas de sus épocas de reportero. Aún hoy se resiste a dejar de lado su libreta y su bolígrafo. Además le gusta mirar a los ojos de los protagonistas de las noticias, preguntarles directamente lo sucedido, sin intermediarios, e insiste en la necesidad de estar en cuerpo presente en el lugar de los hechos. “Respecto de los años ochentas, se ha perdido mucho el contacto personal con la fuente, que era muy importante, porque ahí era que el personaje le inspiraba a uno algunas sensaciones, uno detectaba si estaba diciendo mentiras o tratando de engatusarlo. Parte del oficio de las fuentes que manejan poder es engatusar a los periodistas y parte del trabajo de los periodistas es no dejarse”, afirma.

Darío Restrepo y Germán Santamaría también tienen puntos de encuentro en relación con lo que piensan sobre los Premios Simón Bolívar de Periodismo. Los dos coinciden en su primera apreciación: “Los recibimos con cariño”. Restrepo ha ganado dos premios colectivos y fue el ganador en el 2009 del Premio a la Vida y Obra de un Periodista. Opina que premiar a un periodista significa reconocer también a todas las personas que rodean el trabajo y el hecho periodístico: las fuentes, los periodistas que ayudan a cubrir el hecho y el público que lee, escucha o ve lo que el periodista hace. “Yo he recibido estos premios como un reconocimiento a una carrera y a un trabajo muy intenso haciendo cosas serias o locas, y a los muchos años de estar aprendiendo, de estar experimentando, de estar conociendo un país y a su gente”.

Germán Santamaría ha sido cinco veces ganador del Premio Simón Bolívar de Periodismo y durante dos años fue el Presidente del Círculo de Periodistas de Bogotá (CPB), que también tiene su propio premio. Cuando se le habla sobre el significado de este galardón, mira pensativo, se pone las manos en la cabeza y dice: “Yo creo que no es necesario ganarse un premio para ser un excelente periodista. Yo siempre he dicho que hay grandes escritores de la humanidad que no se han ganado un Nobel, como le ocurrió a Jorge Luis Borges, o grandes actores que nunca se ganaron el Premio Óscar de la Academia, como James Dean. Sin embargo, aunque ganarse un premio no le quita nada a uno, sí le abona a su carrera. Se trata de un reconocimiento y un estímulo”.

Cuando Germán Santamaría habla de estos reconocimientos, se le viene una imagen a la mente. Ya era director de la revista *Diners* el día en que llegó a su oficina una mujer de edad avanzada. Nunca antes la había visto, pero le causó curiosidad lo que llevaba en sus manos: un fólder viejo con recortes de periódico. La mujer lo miró y abrió el folder para mostrarle el contenido. Germán pasó muy despacio hoja por hoja. En esos momentos sintió que todos los recuerdos de su vida como periodista le llegaban en tropel. El fólder tenía todas las noticias, crónicas e historias que alguna vez había escrito, y muchas que incluso ya no tenía presente. Entonces ella le dijo unas palabras que él repite hoy con toda la emoción que le produjo ese hecho: “Me dijo que las había coleccionado porque le parecieron historias bellamente escritas. Lo cual me hizo supremamente feliz”. Cree que ese ha sido el mejor premio entre todos los que ha recibido. No se lo otorgó la academia ni un grupo de jurados importantes, se lo dijo una mujer anónima, una lectora desinteresada.

La belleza del periodismo, de las palabras puestas en el lugar preciso de la página, es un tema que emociona profundamente a Germán Santamaría. Dice que el periodismo debe ser un arte y tener algo del encanto de la literatura. La belleza no le debe quitar la rigurosidad, la investigación ni la precisión. “Yo tengo grandes impedimentos para hablar, tengo voz de homosexual, y no soy buen mozo para la televisión. Por eso afirmo que mi especialidad en periodismo consiste en lo que puedo hacer bello a través de las palabras escritas”, dice.

Quizás la experiencia con aquella mujer que por años coleccionó sus escritos, le dejó a Germán Santamaría una costumbre, una especie de “ritual” que lo ha acompañado desde hace años. Él también colecciona escritos “bellamente narrados” por otras personas. Los dobla, los guarda en la billetera y cada vez que tiene oportunidad los saca, los lee y los relee durante días, hasta cuando otro trozo con palabras lo inquiete más.

Destacan varios sentimientos que se hacen presentes en el ejercicio del periodismo: la emoción cuando se entrevista a una fuente en vivo, la oportunidad de hacer una pregunta a un personaje en el lugar y momento adecuados; la capacidad de rastrear, investigar y llegar al fondo de una situación; la ética periodística, el sentido crítico, la honestidad, la responsabilidad y el hallar algo particular y distinto en una noticia.

Darío Restrepo en este sentido advirtió tales características y emociones en su antepenúltimo premio en la categoría de Mejor Entrevista en Televisión. Con su equipo de noticias de Citytv realizó una entrevista en vivo a las madres de tres secuestrados: Yolanda Pulecio, Clara Rojas y Emperatriz de Guevara, la madre del capitán Julián Guevara. Este encuentro fue fortuito. Surgió espontáneamente mientras Darío tenía en el estudio a Yolanda Pulecio por cumplirse un año más de secuestro de Ingrid Betancourt. “Yo la vi muy afligida y adolorida. Era una madre absolutamente en trance, por lo que pensé que eso no podía ser una simple entrevista”, afirma.

En esa noche advirtió que la emisión iba a alargarse por unos minutos más porque se le ocurrió llamar a la mamá de Clara Rojas para entrevistarla, y hacer lo mismo vía microondas con la mamá del capitán Guevara. Tuvo a las tres madres al aire y pudo hablar con ellas: una por teléfono, otra por vía microondas y otra de cuerpo presente. Se evidenció el sentir colectivo en la expresión de dolor, perdón y solidaridad de las tres madres. Todos los que estaban en el estudio se estremecieron. Lágrimas cargadas de emoción y de

sentimientos se presentaron delante de las cámaras. La tragedia colombiana del secuestro la encarnaron las tres madres, que desnudaron su alma y su dolor. “Ese ha sido uno de los momentos más emocionantes de mi carrera de periodista”, afirma Darío. Estas experiencias lo llevan a él y a Germán a considerar que lo más emocionante del periodismo consiste en nunca dejar de ser reportero, saber guiarse por el corazón, por los impulsos y por el palpito.

El antepenúltimo Premio Simón Bolívar de Periodismo de Germán Santamaría también fue el más significativo de su trayectoria. Le fue otorgado en 1999, gracias a un reportaje publicado en la revista *Diners* sobre el maestro Germán Arciniegas, que cumplía noventa y nueve años de vida. Para Santamaría el maestro no era un personaje común: había sido testigo de casi un siglo de la historia del país. De ahí salió el nombre del reportaje: *El hombre del siglo*, que narra la historia de un colombiano que había vivido el siglo XX y conocido sus acontecimientos más espectaculares: la muerte del general Uribe Uribe (1914), el 9 de abril (1948), la Guerra con el Perú (1932-1933), entre otros muchos sucesos.

Así que Germán Santamaría decidió ir donde el maestro a hablar toda una tarde con él y escuchar sus historias. Al sentarse a escribir decidió mostrar que los ojos de Arciniegas habían visto todo lo que ocurrió en las azarosas décadas del siglo pasado y que con sus manos escribió todo lo que experimentó en esa centuria. “De verdad era el hombre del siglo. Pero estaba un poco olvidado y los periodistas no se fijaban mucho en él porque ya no les significaba algo novedoso”, afirma Santamaría. Este premio lo emocionó particularmente porque mostró que con las historias de un viejo ya olvidado, podía hacerse un bello trabajo escrito que llamara la atención de las nuevas generaciones sobre el personaje. Como si Germán Santamaría hubiera estado destinado a escribir las últimas palabras del maestro Arciniegas, sólo algunos días después de recibir el premio falleció el entrevistado. Ese reportaje le hizo justicia a la memoria del maestro y del país. Hizo que efectivamente Arciniegas fuera considerado el hombre del siglo por el gremio de periodistas y lectores del artículo.

Después de escuchar a los dos periodistas referirse a sus experiencias en las décadas de 1970 y 1980, se les propuso hablar del futuro. Al preguntársele a Darío Restrepo sobre su proyección como periodista, no resistió la sensación de risa y no dudó en decir con

cierto tono burlesco: “Yo llevo 43 años en este oficio. Proyectarse se vuelve difícil”. Al referirse sobre su futuro no dudó en vincularlo con su actual trabajo en Citynoticias.

El eslogan característico de Citynoticias es: “Otra forma de contar las noticias”, pues Darío Restrepo ha convertido en reporteros y en fuentes principales a los bogotanos y ha hecho que sus denuncias, quejas y angustias sean escuchadas y atendidas. Se ha esmerado en convencer a sus reporteros sobre la importancia de salir de las salas de redacción a la calle y escuchar a las personas para descubrir las pistas de las noticias. Pero ahora tiene una nueva obsesión: está encantado con las nuevas tecnologías y la multimedia. Y así como algunas personas de las grandes ciudades regresan en su vejez a los pueblos de origen, a Darío le pasa algo similar con su profesión. “Quisiera terminar mi carrera siendo reportero, no dirigiendo. Y también me gustaría tener tiempo para no escribir sobre hechos reales sino sobre ficción. Tengo sed de fantasía”, sostiene.

Germán Santamaría está de acuerdo con Darío Restrepo sobre las posibilidades que la tecnología y la internacionalización ofrecen para los periodistas actuales. A Santamaría le encanta lo que está pasando con el periodismo porque ahora los periodistas son más universales, pueden tener más trasfondo artístico y cultural, más conciencia histórica, mayor formación y más herramientas para realizar trabajos a profundidad, en nuevos formatos y con fuentes de información variadas. Desea seguir siendo periodista y nunca se ha arrepentido de serlo, de haber pasado muchas noches en cambuches tiritando de frío y con las goteras sobre la cabeza, y muchas otras en los mejores lugares del mundo como cuando amaneció frente a las pirámides egipcias. Esa vida de contrastes es la que seguirá deseando hasta el final de sus días. Mientras piensa en aquellas paradojas por las que ha tenido la fortuna de pasar, hace una pausa y sonrío y dice luego: “Yo sería periodista una y otra vez. Mis hijas dicen que éste no es un trabajo serio, porque me la paso leyendo, tomando tinto, escribiendo y charlando de muchas cosas. Me dicen: Papi, lo que es usted es un vago”. A pesar de que han pasado ya varias décadas desde cuando Darío Restrepo y Germán Santamaría se iniciaron en esta profesión, sus recuerdos siguen intactos y su amor por el periodismo también.

Años noventa: el periodismo colombiano en la mira

Incisiva, irreverente, aguda y observadora; ama figurar, mostrarse con fuerza, y es una obsesionada con la búsqueda de “víctimas” para lograr entrevistas directas y sin ninguna clase de pudores. Margarita Vidal tiene en su inventario profesional más de mil entrevistas a personajes de la vida pública nacional e internacional. Algunas de las más recordadas fueron realizadas a Fidel Castro, Julio Cortázar, Darío Echandía, Gabriel García Márquez, Rodrigo Lara Bonilla, Alejandro Obregón y Alfonso López Michelsen.

El estilo predilecto de esta periodista caleña es la entrevista con personajes de influencia social y política determinante en el país. Le encanta preguntar, y si las respuestas no la convencen, contrapreguntar. Margarita Vidal inició su carrera como periodista hace 42 años, ha ganado en cinco oportunidades el Premio Simón Bolívar de Periodismo y con María Isabel Rueda y María Elvira Samper son las dos únicas mujeres que han obtenido el premio en la categoría de Vida y Obra de un Periodista. Se desempeña como miembro del jurado de este galardón, dirige y realiza el programa de entrevistas del Canal Capital *Versión Libre* y escribe columnas para algunas revistas como *Fucsia* y *Credencial*.

Margarita pertenece a la primera generación de periodistas que se profesionalizaron y estudiaron en una academia. Se graduó en la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Javeriana, primera en abrir esta carrera en el país. En la misma universidad trabaja Alberto Salcedo Ramos como profesor de crónica. Aunque a estos dos periodistas los separa una brecha generacional, los une el hecho de ser periodistas que obtuvieron el título como profesionales en el oficio, y algunos recuerdos importantes sobre la década de 1990.

Alberto es oriundo de Barranquilla y como buen costeño es extrovertido, alegre y se expresa tanto con la boca como con los brazos y la mirada. Como profesor asegura: “La escritura es un talento, no todo el mundo tiene el don de escribir. No es cierto que a uno le dan una clase de treinta estudiantes y todos van a salir escribiendo bien. ¡Eso es mentira!”.

Alberto Salcedo Ramos es un barranquillero informal, con aires de poeta, de orador y en ocasiones de político. Antes de ser catedrático se desempeñó como reportero en el diario *El Universal* de Cartagena y ha sido colaborador y narrador de varias revistas nacionales e internacionales como *Soho*, *El Malpensante*, *Diners*, *Arcadia*, *Gatopardo*,

Courrier International de Francia y *Etiqueta Negra* del Perú, entre otros. Su entusiasmo por perfeccionar la narrativa y la crónica lo ha hecho merecedor de varios galardones internacionales de periodismo y cuatro veces del Premio Simón Bolívar de Periodismo. El último lo obtuvo en el 2009 con su conjunto de crónicas *Un país de mutilados*.

A ambos periodistas se les propuso hablar sobre qué acontecimientos de la década de 1990 los marcaron y qué cambios han percibido desde esos años. Margarita Vidal recuerda que comenzó su vida como periodista a principios de los años setenta en *El espectador*, cuando Gabriel Cano, conocido en el gremio como *el gran formador de periodistas*, dirigía el suplemento literario de ese diario capitalino. A las cinco de la mañana don Gabriel tenía una rutina fija: leía todo el periódico que acababa de salir impreso. Lo leía página por página para luego calificar cada artículo. Los periodistas de aquel tiempo hablaban del “Muro de la infamia”, un tablero pequeño donde don Gabriel colgaba los mejores y los peores artículos diarios. Todo el diario celebraba el día en que un periodista recibía el visto bueno de don Gabriel. El significado era ampliamente reconocido por la comunidad de periodistas de *El Espectador*.

Una tarde enviaron a Margarita a hacer una crónica sobre Melanio Murillo, reconocido picador de toros que estaba enfermo en un hospital de Bogotá. Cuando el torero llegó al centro de salud, no lucía imponente, retador y fuerte como solía estarlo durante las faenas del domingo. “Aquel día se le veía con ojeras enormes, pálido y sin la vitalidad con la que se enfrentaba a sus toros”, recuerda Margarita Vidal. Estaba en plena entrevista con Murillo cuando comenzó un gran revuelo en el hospital. El torero español conocido como *El Cordobés* llegó a visitar al veterano y enfermo torero. Margarita Vidal los dejó a solas por una hora. Cuando regresó, el torero Murillo ya se encontraba solo y tenía lágrimas en el rostro. “Comenzamos a hablar, y recuerdo que me dijo: ‘Mija, me vino a visitar *El Cordobés*, y eso que él no tenía nada que ver conmigo, ni lo conocía mucho. En cambio, a otros a los que he dedicado mi vida para ayudarlos, no me han hecho ni una sola visita”, cuenta Margarita Vidal.

Ese encuentro la marcó porque comprendió que las figuras públicas también sufren el abandono. “Fue como entrevistar a un muerto. Estaba desanimado, triste, sin ganas de nada”, recuerda. Cuando la joven periodista llegó al periódico, escribió una crónica sobre ese episodio. Logró un reconocimiento en El Muro de la Infamia. Al lado del recorte de su

nota, Guillermo Cano puso unas grandes felicitaciones. Aquel día y no otro, es el que Margarita ha considerado el de su grado de periodista.

La postura fina y erguida de Margarita Vidal contrasta con la de Alberto Salcedo Ramos. Él habla, se sienta, se ríe con desparpajo y gracia. Es egresado de la Universidad Autónoma del Caribe. Afirma que entonces era un muchacho de 22 años, arrogante, testarudo y más preocupado por conseguir novias bonitas que por escribir buenas crónicas. Era un jornalero del periodismo, un redactor que con sus dos premios de periodista se compró sus herramientas de profesional: con el primero, una máquina de escribir, y con el segundo, una computadora. “Con esos premios uno se ganaba una cantidad mayor a todo un año de sueldo. Por eso, además del reconocimiento, cae de perlas”, sostiene.

Hay una diferencia abismal entre los artículos y crónicas que Salcedo escribe ahora, con las de sus primeros años de oficio. “Para mí era terrible cuando les entregaba mis textos a periodistas que me llevaban mucha ventaja y me los volvían llenos de tachones rojos. Los destrozaban por completo. Luego empecé a ver que al pasar el tiempo, el lápiz rojo invadía menos mi texto y quedaba más limpio. En esos momentos sentía que me estaba graduando como periodista”. Si algo valora de sí mismo es su disciplina, perseverancia y testarudez tempranas, porque sin esas cualidades no hubiera aguantado la desilusión de ver todos sus textos con los bordes llenos de correcciones y anotaciones de color rojo.

Alberto Salcedo habla como si siempre estuviera armando una de sus crónicas. Mientras mira a través de sus lentes, se fija en un punto en el espacio y atrae sus recuerdos. Los describe con un vocabulario picante, coloquial y colorido; cita vallenatos y frases de filósofos, poetas y artistas. A él y a Margarita Vidal se les propuso hablar sobre cómo era el país durante la década de 1990 y cómo era el periodismo que se ejercía en ese periodo, cuando Alberto Salcedo estaba dando sus primeros pasos como profesional y Margarita ya era una reconocida presentadora de entrevistas.

Margarita reconoce que vivió con éxtasis lo que la década significó para el país y para los periodistas como ella. Tras la caída del Muro de Berlín se desencadenó la desintegración de la URSS y se dio paso a la unificación de Alemania. En el contexto latinoamericano, Chile y Paraguay superaron el régimen militar y empezaron su transición

hacia el régimen democrático. La República Popular China comenzó su proceso de transformación de un modelo económico comunista clásico a una economía de mercado.

Otros cambios fundamentales en Colombia que se sumaron en esa década fueron el *boom* de la telefonía móvil en 1994 y la llegada de la Internet al país en 1995. Estos dos fenómenos tecnológicos abrieron las puertas a muchos otros cambios y avances de los medios de comunicación y del periodismo. En la década de 1990 era muy incierto lo que podía pasar con las versiones digitales de los periódicos. No existía un trabajo específico de redacción para la Red y menos de su actualización permanente. Las primeras versiones digitalizadas de los diarios publicaban las mismas noticias impresas.

Así como la llegada de la radio y la televisión cambió las prácticas periodísticas de las décadas de 1950 y 1960, con la Internet se dio un giro definitivo e irrevocable para el mundo de las comunicaciones globales. A partir de aquel momento se transformó el modo de pensar las comunicaciones, la manera de percibir la información, de obtenerla, de procesarla y de mostrarla a las nuevas audiencias. Algunos de los cambios que llegaron fueron la digitalización de los medios de comunicación y la reducción de los espacios para las noticias tanto en la prensa como en las nuevas plataformas informativas digitales. También surgieron complementos informativos con los recursos multimedia y las nuevas tecnologías de las computadoras y los teléfonos móviles. Esto vino a acentuarse en el nuevo milenio.

Margarita Vidal ya había trabajado, en la década de 1980, como directora de la revista *Cromos* y había hecho programas de entrevistas como *ABC de la Mujer* y *Al banquillo con Margarita*. Cuando empezó a dirigir el programa *ABC de la Mujer* le propusieron trabajar para un magazín femenino en temas como cocina, belleza y moda. Sin embargo ella consideró que esos no eran los únicos temas que debían conocer las mujeres. “Yo nunca he pensado que las mujeres tengamos limitaciones en materia de temas. Por eso rompí los esquemas e incluí política y economía y todo lo que a las mujeres nos pudiera interesar”.

Si en la década de 1970 ocurrió el proceso de profesionalización del periodismo y la llegada de otras mujeres al oficio, en la década siguiente fue más contundente la participación y el sello propio que ellas le imprimieron a lo que dirigían, escribían o producían. Dentro del grupo de estas primeras mujeres profesionales del periodismo se

encontraba Margarita Vidal. Ocuparon cargos de dirección, firmaron sus artículos, hablaron libremente de sus afinidades políticas y propusieron temas sin temor a ser exiliadas o juzgadas.

Con sus famosos programas de entrevistas logró acercarse a personajes que eran fundamentales en la política nacional. Algunas de sus fuentes desaparecieron luego por el monstruo de la violencia y el narcotráfico que había traído la década anterior. Personajes que un día eran entrevistados, a los pocos meses o años eran asesinados cuando salían de sus lugares de trabajos. Así ocurrió con Álvaro Gómez Hurtado a quien Margarita le preguntó en 1985: ¿aparte de querer ser candidato presidencial, qué quisiera ser? Gómez respondió: “Quisiera ser ratón de biblioteca para descubrir muchos hechos históricos”. Pero ese deseo de convertirse en lector profesional se desplomó en 1995, cuando le dispararon mortalmente al salir de la Universidad Sergio Arboleda.

Lo mismo ocurrió con el candidato a la Presidencia por la Alianza del M-19, Carlos Pizarro León Gómez. En la entrevista con Margarita Vidal en 1984 habló sobre el proceso de paz del entonces presidente Belisario Betancur: “En Colombia el proceso de paz es un proceso frágil, y no por el M-19; es frágil porque no hay la decisión política del Gobierno para que ese proceso coja todo el vuelo que necesita; porque hay una actitud de hostigamiento del ejército; porque a este proceso de paz se le está poniendo zancadilla permanentemente y así no se puede crear un sentimiento colectivo que les dé tranquilidad a los colombianos”¹¹. Cinco años después, Pizarro fue asesinado a bordo de un avión, el 26 de abril de 1989, año en que hacía campaña para la Presidencia de la República. Al recordar estas entrevistas y los trágicos desenlaces, Margarita respira profundamente. Después de una pausa retoma el aliento y dice: “Infortunadamente tengo un repertorio de varias entrevistas con ‘muertos ilustres’ de la historia colombiana”.

La década de 1990 tuvo como denominador común un sentimiento generalizado de incertidumbre y angustia por cuenta de la crudeza de la violencia y el narcotráfico. La década de 1980 terminó con el asesinato del candidato presidencial Luis Carlos Galán, cuando pronunció su discurso en la plaza pública de Soacha ante la mirada de cientos de espectadores. Varios medios de comunicación, entre ellos los diarios *El Tiempo* y *El*

¹¹ Vidal, Margarita. “Entrevista con Carlos Pizarro León Gómez”, en *Viaje a la Memoria*. Bogotá: Espasa, 1997, p 299.

Espectador y la revista *Semana* pusieron en sus portadas la inolvidable foto del fallecido Luis Carlos Galán en la cámara ardiente del Capitolio Nacional. Esa imagen quedó en la memoria colectiva de los colombianos.

Este doloroso episodio postergó la entrega del Premio Simón Bolívar de Periodismo de 1989 y cambió la fecha para 1990. El discurso del doctor José Alejandro Cortés retrata el sentir del gremio y de la institución del Premio por tal suceso: “Aún no nos recuperamos ante la irreparable ausencia del invaluable exponente de su lid. La espantosa tragedia que cegó la existencia de Luis Carlos Galán no podía menos que recogernos, con explicable solidaridad y prudencia, a rendir tributo de amistad y cariño. Para Luis Carlos Galán este escenario le era muy familiar, y muy cercano a sus convicciones. Como otras personalidades de nuestra vida pública, la prensa fue su plataforma en esa intensa lucha encaminada a orientar la comunidad”¹².

César Gaviria Trujillo convocó la reforma constitucional de 1991 y habló de introducir un modelo económico aperturista. Para el gremio periodístico, la Constitución de 1991 trajo varios cambios legales importantes que no estaban contemplados claramente en la Constitución de 1886. Se habló por primera vez de la libertad de conciencia y se oficializó la libertad de expresión y la no censura a los medios de comunicación. Las constantes amenazas a la integridad y a la vida de los periodistas condujeron a la instauración de la ley a la protección del ejercicio periodístico. Igualmente, la potencial fuerza de la televisión y las telecomunicaciones dio una razón de peso para declarar la igualdad del uso del espectro electromagnético a todos los medios de comunicación.

La apertura económica fue el otro cambio sustantivo en el Gobierno de César Gaviria. Con ese proceso se inició un nuevo modelo de desarrollo que adoptó distintas reformas orientadas a la desregularización y liberalización de los mercados. Las reformas estaban inspiradas en la idea de que la intervención y el exceso de controles por parte del Estado habían generado un funcionamiento ineficiente y poco competitivo de la economía. Sin embargo los resultados no fueron los esperados. El debilitamiento del sistema financiero, sumado a la inestabilidad política, el creciente fortalecimiento del narcotráfico

¹² Cortés, José Alejandro, “Discurso pronunciado en la entrega de los premios en 1990”, en *Premio Nacional de Periodismo: 30 años*. Bogotá: D’ Vinni, marzo de 2006, p 217.

y el colapso del ahorro interno, dejaron la economía colombiana más vulnerable de lo que estaba a principios de la década de 1980.

En 1999 se vivió una de las peores crisis económicas del país. El economista Rudolf Hommes afirma en el documento *Doce años de neoliberalismo en Colombia. Apuntes para un debate*, que si bien la reforma tuvo desaciertos, atribuirle al neoliberalismo toda la responsabilidad no es objetivo. “No puede olvidarse que otra causa fundamental del desarrollo económico de una sociedad es la herencia religiosa, cultural y política. Su actitud frente al tiempo, su grado de responsabilidad y racionalidad, sus actitudes fatalistas, los conceptos de equidad, igualdad y autoridad, su identificación con otros, el rigor de su sistema ético y la actitud hacia el trabajo, son elementos que no pueden dejarse de lado, so pena de caer en enfoques economicistas”¹³.

En la vida cotidiana de los bogotanos también se generaron cambios importantes durante los años 1992 y 1993. Por cuenta del Fenómeno del Niño y de la crisis energética, la oscuridad se tomó los hogares capitalinos desde las cinco de la tarde hasta las siete de la noche. Los apagones obligaron a los bogotanos a comprar velas para hacer las tareas con los niños, para cocinar y amenizar las charlas mientras era momento de dormir. La baja en las reservas de agua condujo a la reducción de la producción hidroeléctrica, la cual ocasionó un racionamiento de energía que duró dos años, de 1992 a 1993.

El racionamiento también tuvo sus efectos en los medios, principalmente en la televisión. El programa *Los tres a las seis* emitido por las programadoras Caracol Televisión y RTI, “llegó a su fin debido al racionamiento de luz, pues afectaba el horario en el que se emitía”¹⁴, dice el documento *50 años de la Televisión en Colombia: Una historia para el futuro*.

En las horas en que se tenía energía y los colombianos podían encender de nuevo sus televisores, las noticias no eran muy alentadoras. Al tiempo que comenzó el proceso de desmovilización (1991-1994) del mayor número de integrantes del Ejército Popular de liberación (EPL) y una de las fracciones del Ejército de Liberación Nacional (ELN), los diálogos con las FARC se suspendieron. Se agudizó también la guerra contra el narcoterrorismo y contra el grupo de los narcotraficantes declarados extraditables,

¹³ Holmes, Rudolf. *Doce años de neoliberalismo en Colombia. Apuntes para un debate*. Bogotá: 1999.

¹⁴ Amaral, Ceballos Diego. *50 años de la Televisión en Colombia: una historia para el futuro*. Bogotá: Zona Caracol Televisión, 2004.

particularmente Pablo Escobar y Gonzalo Rodríguez Gacha. El secuestro se difundió como una forma de presionar la anulación del Tratado de Extradición firmado el 7 de julio de 1991. Si el decenio de 1980 se distinguió por el terrorismo en las ciudades, el de 1990 fue el del secuestro. Personajes públicos y periodistas como Diana Turbay, Francisco Santos y Marina Montoya fueron secuestrados con fines políticos y extorsivos por parte de los grupos narcotraficantes.

En diciembre de 1993 todos los medios cubrieron la captura y muerte de Pablo Escobar. Ya han pasado casi 17 años desde cuando Escobar fue muerto en el tejado de una casa del occidente de Medellín. Sin embargo, después de muerto sigue siendo sujeto de interés para periodistas, escritores y artistas. El artículo de la revista *Semana* “Pablo se niega a partir” sentencia lo siguiente:

“El nombre de Escobar genera una poderosa atracción sobre la gente, bien sea que se lo odie o se lo ame. El pintor Fernando Botero plasmó en un óleo el momento en que el capo cayó abatido por sus perseguidores. Basta revisar el listado de películas documentales y dramatizadas que giran alrededor del personaje o de su leyenda, para darse cuenta de los exitosos productos televisivos. Los libros sobre su vida tampoco han dejado de aparecer. Uno de los mayores éxitos de sintonía de la televisión colombiana de los últimos años (casi desde la telenovela *Yo soy Betty, la fea*) ha sido *El cartel*¹⁵.

En el periodismo colombiano también se produjeron varios cambios, avances y continuidades durante la década de 1990. El Premio Simón Bolívar reconoció tales transformaciones. En 1991 cuando el país fue testigo del sacrificio de muchos periodistas que murieron en el ejercicio de su profesión como Guillermo Cano, Raúl Echavarría, Héctor Abad Gómez, Jorge Enrique Pulido, Diana Turbay, Daniel Chaparro, Jorge Torres, entre otros, se creó en honor a su memoria una nueva categoría: la de Las Buenas Noticias. En medio de la crisis de violencia que azotaba al país, de las constantes noticias negativas, se trató de hacer un reconocimiento a los periodistas que registraban los hechos positivos del país. En 1994 los jurados del Premio Simón Bolívar de Periodismo hicieron un llamado a los periodistas para que no entraran en el juego de los grupos ilegales, al darles tanto despliegue a sus acciones en la prensa. “Así los medios y periodistas terminarían colocados

¹⁵ “Pablo se niega a partir”, en *Revista Semana*. 29 de noviembre de 2008.

ingenuamente al servicio activo de la radicalización del clima que los invadía”¹⁶, se afirmaba en el discurso de los jurados.

En noviembre de 1992 el diario *El Tiempo* por primera vez creó la figura del *Ombudsman* o Defensor de los Lectores siguiendo el ejemplo de los periódicos más importantes del mundo. A partir de aquel momento otros periódicos y programas de radio y de televisión del país vieron positivamente la práctica de crear secciones editoriales y de opinión y de darle participación y voz al público al que se dirigían. De esta manera el periodismo realizaba un ejercicio más democrático y plural.

Los años 1996 y 1997 fueron de los más agitados y duros para el periodismo nacional. Con el denominado Proceso 8.000, como consecuencia de la infiltración de los dineros del narcotráfico en una campaña presidencial, se pusieron a prueba la imparcialidad, el sentido de responsabilidad y la ética del gremio. Los medios de comunicación que durante tanto tiempo estuvieron adheridos al poder político, se volcaron en favor de las audiencias para denunciar, criticar, protestar y apoyar las exigencias de los ciudadanos sobre el escandaloso hecho.

En 1999 el país comenzaba a ilusionarse con una posible negociación de paz. Pero esos anhelos quedaron sepultados debido a las amenazas, secuestros y desapariciones de varios periodistas que realizaban investigaciones sobre corrupción, narcotráfico y violencia. Entre ellos fue asesinado el periodista y humorista Jaime Garzón, y por amenazas en su contra se exiliaron periodistas como Alfredo Molano, Hernando Corral y Plinio Apuleyo Mendoza.

Esa tendencia de fijar a los periodistas en la mira de la violencia, venía ocurriendo desde mediados de la década de 1980. Margarita Vidal recuerda cómo la violencia y las amenazas también le tocaron a ella. En 1984 era miembro de la Comisión de Paz del presidente Betancur. Las labores de facilitadora le dejaron recuerdos amargos: “A veces cuando a uno le toca hacer trabajos periodísticos peligrosos, flaquea, teme por su vida y la de la familia. A mí me tocó irme del país cuando me amenazaron por estar colaborando con la desmovilización del M-19”, afirma. Aparte de ser un oficio que en Colombia está

¹⁶ Fernández, Juan B. “Discurso pronunciado por el Presidente del Jurado”, en *Premio Nacional de Periodismo: 30 años*. Bogotá: D’ Vinni, marzo de 2006, p 274.

considerado de alto riesgo, el periodismo también muestra crudeza y desnuda las mayores calamidades y sufrimientos de una sociedad.

Alberto Salcedo Ramos, a diferencia de Margarita Vidal, no padeció amenazas durante las décadas de 1980 y 1990. Esto quizás porque el periodismo que hace Salcedo ha sido más local y los protagonistas de sus crónicas -a diferencia de los de Margarita- no son de políticos, periodistas, ideólogos, académicos ni otros personajes de la vida pública nacional. Los héroes de Salcedo son otros: boxeadores, campesinos, amas de casa, cantantes vallenatos, homosexuales que se prostituyen, emboladores, barqueros, soldados, víctimas del desplazamiento y la violencia, entre otros. A través de la vida de estos hombres y mujeres anónimos ha podido mostrar otra cara del país. Ya no se trata del rostro que enseña el choque de intereses por el poder político sino de los micropoderes de la gente del común que lucha diariamente por sobrevivir a la pobreza, la violencia, el desplazamiento y en general las tragedias del ser humano.

Salcedo dice que ha encontrado personajes con historias tan dramáticas y sorprendentes que parecen sacados de la ficción. Pero tanto las personas que le abren su alma y le cuentan sobre sus vidas, como él que transforma esas vidas en crónicas, saben que son más que reales. Ha documentado la guerra contra poblaciones rurales, el desplazamiento y el secuestro de militares, campesinos y ciudadanos del común. La última serie de crónicas de Salcedo la tituló *Un país de mutilados* y fue ganadora en el 2009 del Premio Simón Bolívar de Periodismo en la Categoría de Mejor Crónica en Prensa. En el texto muestra en las palabras de Claudia, una niña de once años, el drama que han librado los habitantes del oriente antioqueño por las minas antipersonales. O en la voz de Manuel Ceballos, otro campesino antioqueño, visibiliza el destierro de toda una familia a causa de la violencia en una vereda del municipio de Iraca.

Este periodista también ha sentido en carne propia cómo sus fuentes son violentadas y en qué consiste ser periodista en un país de múltiples contrastes. Al tratar de explicar la manera en que realiza el ejercicio de periodista con estos personajes, a veces invisibles, afirma: “Los narradores son los dueños del cuento que nadie quiere o puede contar. Los cronistas y periodistas que narran son capaces de decir lo que no está en la infografía o en el insulso pie de página”.

Por ejemplo entrevistó a un personaje que representa una de las situaciones más crueles por las que han pasado muchos colombianos: el secuestro. El delito del rapto de personas está definido por la Comisión para los Derechos Humanos en Colombia como una privación ilegal de la libertad personal y una violación a los derechos humanos. Según las cifras de Fondelibertad, en 1999 hubo 3.204 personas secuestradas, y en el 2000, 3.572. Este flagelo se profundizó y ha tenido su mayor escalada desde finales de la década de 1990. Los periodistas registraron en aquel entonces la manera como el secuestro cedía los fines exclusivamente económicos por los de lograr cambiar el curso de las leyes penales y políticas nacionales, presionar al gobierno y debilitar las fuerzas militares.

A finales de la década de 1990 se llevaron a cabo algunas de las operaciones más violentas y los secuestros colectivos más recordados de la historia del país. Muchos de los secuestrados de aquellos años siguen en poder de los grupos guerrilleros. El 21 de diciembre de 1997 ocurrió el ataque contra la base militar del Ejército Nacional en el Cerro de Patascoy, Nariño, en el que fueron secuestrados dieciocho militares. El 3 de marzo de 1998 se presentó el ataque en El Billar, municipio de Caquetá, el cual dejó 48 militares en manos de las Farc. El 3 de agosto del mismo año se cometió otro ataque, el de Miraflores, municipio de Guaviare, de donde las Farc se llevaron 56 militares. Y el 1 de noviembre, el mismo grupo guerrillero ocupó Mitú, la capital del Vaupés, y retuvo a 61 militares.

Los periodistas colombianos que registraron estos dolorosos sucesos aprendieron varias lecciones: eran un blanco predilecto de los poderes armados ilegales, que además tenían entre sus objetivos silenciar a la prensa; debían elegir y saber equilibrar entre las denuncias o dejar salir a la luz los atropellos que se cometían en contra de los civiles, y a la vez, velar por su seguridad y la vida de sus familias. Asimilaron que con el lenguaje y la manera en que manipulaban una noticia o la prioridad que les daban a los violentos, en vez de generar un contrapeso se estaba incurriendo en apología al delito. Asumieron que debían utilizar de manera ética el lenguaje para hablar de las diferentes formas de violencia y proteger las identidades de sus fuentes. Por supuesto, este aprendizaje no fue exclusivo de esa década: se ha mantenido desde entonces para el ejercicio del periodismo.

Además de estas enseñanzas adquiridas en el ejercicio diario, otro importante hecho marcó el trabajo de los periodistas colombianos durante los años noventa: el 7 de enero de 1999 los medios de comunicación tuvieron la oportunidad de presenciar el inicio de los

fallidos diálogos de negociación en el Caguán entre el entonces presidente Andrés Pastrana y las Farc. Los reporteros fueron testigos directos de las tensiones e intereses de los protagonistas de la negociación, y de cómo querían incidir para que sus versiones e interpretaciones de los hechos fueran las que predominaran en las noticias. Algunos de estos profesionales terminaron tomando partido en el conflicto en virtud de las afinidades políticas de los dueños o directores de los medios e incluso se contagiaron del espíritu que se vivía en las mesas de negociación.

A pesar de los logros de las Unidades de Paz creadas por la prensa, que consistían en publicar análisis más estructurales sobre las raíces históricas de la violencia, otros medios optaron por un cubrimiento más simplista. Fabio López de la Roche en su análisis *Aprendizajes y Encrucijadas del Periodismo entre la paz de Pastrana y la Seguridad Democrática de Uribe*, dice: “Los medios televisivos no desarrollaron arreglos institucionales conducentes a un cubrimiento más cuidadoso y equilibrado del conflicto armado, del proceso de paz, ni de la negociación política. En esos espacios clave para la orientación de un proceso de reconciliación nacional siguieron predominando el *rating* y el interés comercial sobre el interés nacional y el público. Se impuso un periodismo de relación de hechos de orden público, presentados de manera inconexa y fragmentaria”¹⁷.

A principios de 2010, Alberto Salcedo estuvo reunido con el cabo William Pérez, secuestrado en 1998 durante la toma de El Billar, Caquetá. Pérez se hizo tristemente célebre y se destacó en la prensa porque fue el soldado que cuidó a Ingrid Betancourt hasta el día de la Operación Jaque, la cual los trajo a la libertad el 2 de julio de 2008. Fue quien le “cuchareó” los alimentos cuando ella estaba inapetente y deprimida. Los medios lo dieron a conocer al margen y a la sombra de esta mujer de fama mundial. Aparte de ser valorado como “el ángel guardián” de la ex candidata presidencial, poco o nada se sabía sobre su existencia y los años consumidos por la humedad y la crueldad de la selva. En este protagonista secundario encontró Salcedo una historia principal.

Después de la Operación Jaque, tras haber pasado toda la efervescencia de la prensa por conocer los detalles más generales de la vida de los militares liberados, Alberto Salcedo decidió ponerse en contacto con William Pérez. Ambos almorzaron en un

¹⁷ López De la Roche, Fabio. “Aprendizajes y encrucijadas del periodismo entre la paz de Pastrana y la Seguridad Democrática de Uribe”, en *Revista Palabra- Clave*. Bogotá: Universidad de la Sabana, 2005. P 7.

restaurante costeño de Bogotá, aprovechando la común procedencia caribeña y por tanto el gusto por los sabores de esas tierras. Empezaron a conversar y a reflexionar sobre los contrastes entre la libertad y el secuestro.

William Pérez contó que cuando estaba secuestrado se volvió inapetente por una razón fundamental, aparte de que los alimentos no eran los mejores. Los cinco años durante los cuales estuvo encadenado a su compañero de cautiverio lo privaron del derecho a la “intimidad”. Alberto Salcedo recuerda cómo William narraba con nostalgia el hecho de que a él y a su compañero les tocaba acompañarse cuando alguno debía hacer sus necesidades fisiológicas. “En el restaurante de Bogotá donde estábamos almorzando, William miraba el plato de comida costeña y me decía que durante el secuestro, él se obligaba a ayunar para no defecar. Por eso cuando volvió a su estado de hombre libre y podía comer todo lo que quisiera y se le antojara, todavía tenía la sensación de asco, había un desencuentro total con los alimentos y con la vida que en cautiverio tanto deseaba, asegura Salcedo.

Estos aspectos cotidianos de las personas son los que realmente le interesan a Alberto Salcedo. Al finalizar la entrevista con Pérez, mientras aún comían en el restaurante costeño, Alberto tomó una de las cucharas plateadas que llevaba a su boca y se le ocurrió preguntarle a William sobre la primera vez que en cautiverio se pudo mirar en un espejo. Su interlocutor lo miró sorprendido. Nunca se había hecho antes ese cuestionamiento. “Fue siete meses después del secuestro mientras comía en un portacomidas metálico, que retrató un rostro totalmente irreconocible, lleno de barba y huesudo”, cuenta Salcedo.

Lo rutinario es lo que devela la naturaleza de los seres humanos; son esos pequeños pero importantes detalles los que hacen reales y únicas las historias. Ese es el botón narrativo o el *plus* del ejercicio periodístico de un cronista. Alberto Salcedo Ramos pertenece a la generación de periodistas que como Margarita Vidal se prepararon profesionalmente en una academia, vieron cómo el periodismo se iba alejando de un compromiso partidista, fueron alumnos de una escuela periodística preocupada por descubrir a otros actores sociales, es decir, a la gente del común que también tiene historias para contar, y fueron testigos de la entrada sorprendente y paulatina de las computadoras, la Internet y la telefonía móvil como instrumentos para el ejercicio de la profesión.

Ya no son los mismos periodistas que vivieron intensamente los años noventas desde las salas de redacción de sus respectivos medios. Ahora tienen una posición más madura sobre la profesión. Margarita como jurado del Premio Simón Bolívar de Periodismo y como conductora del programa de entrevistas *Hablemos claro* del Canal Capital, y Alberto Salcedo como catedrático, escritor y colaborador de varias revistas nacionales como *Soho* y *El malpensante*. La década de los noventas los ayudó a construirse como periodistas, a entender su profesión en la complejidad de los hechos del país. Entrevistaron, hablaron, narraron sobre personajes y acontecimientos fundamentales de ese periodo y pudieron ver un somero adelanto de lo que traería el nuevo milenio con el cambio importante de las prácticas y las herramientas periodísticas.

El nuevo milenio: cambios e incertidumbres del oficio

Una gran mayoría de los pertenecientes a la nueva generación de periodistas encuentra que sus “chivas”, novedades y noticias pueden hallarlas en la *web*, *Twitter* o *Facebook* y que sus fuentes están generalmente disponibles pues conocen el pin de sus Blackberry. En este último aparte dedicado a los cambios y contrastes que trajo el nuevo milenio a la profesión, tenemos como protagonistas a dos jóvenes periodistas que han desempeñado importantes cargos como editores políticos de *El Espectador*, *El Tiempo* y la revista *Semana*. Se trata de María Alejandra Villamizar y Andrés Mompotes.

Andrés Mompotes es payanés pero su voz tiene acento valluno. Vive en Bogotá y se desempeña como subdirector de Información de *El Tiempo*. Desde los 21 años trabaja en esa casa editorial, ya que fue seleccionado para formar parte de la primera generación de la Escuela de Periodismo del diario. Anteriormente se desempeñó como editor jefe, cargo que antes ocupaba María Alejandra Villamizar, la otra protagonista de este capítulo.

María Alejandra es de Norte de Santander, y como las mujeres de esa tierra, habla tajante y directamente. El día de la entrevista estaba ansiosa y angustiada porque acababa de renunciar a su trabajo. “Me da risa porque estoy acá hablando de mi vida como periodista y resulta que ahora soy una periodista desempleada. Espero que cuando salga de esto, consiga trabajo, ¿Tienes algún contacto?”, afirmaba entre risas. Pese a su juventud, tiene una amplia experiencia en medios: ha trabajado en los noticieros 24 Horas y CM&, se

ha desempeñado como editora jefe de *El Tiempo*, editora política de la revista *Semana* y editora de la Unidad de Paz y Derechos Humanos de *El Espectador*.

Ambos llegaron a la capital para formarse como periodistas y ejercer la profesión. Cuando apenas comenzaban sus carreras, ganaron el Premio Simón Bolívar de Periodismo en la categoría de Periodismo Joven, que los hizo merecedores de la beca para asistir al taller Nuevo Periodismo Iberoamericano que se dicta en Cartagena. Desde la creación de esta categoría del Premio en 1995, han sido premiados aproximadamente cuarenta periodistas menores de treinta y cinco años. Según el doctor José Alejandro Cortés, presidente de Sociedades Bolívar, lo que se pretende hacer con este género dentro del Premio es “honrar al pasado y estimular el futuro. Se trata de un incentivo para las nuevas propuestas y las nuevas generaciones del periodismo nacional”.

Antes de iniciarse el nuevo milenio se vislumbraba una transformación generacional que iba a darle un giro radical al periodismo colombiano. El gremio periodístico adquirió otras prácticas y manifestaciones en comparación con las de hace veinte años. Hoy el gremio está formado en su mayoría por jóvenes profesionales egresados de las universidades y con especializaciones en determinadas áreas del periodismo. Según el informe reciente del periódico *El Nuevo Siglo*, Colombia produce periodistas por montones. “Sin embargo el mercado laboral no absorbe suficientemente a todos los egresados del país, ni tampoco disminuye el número de jóvenes que optan por esta carrera, al punto de que se trata de una de las modalidades de facultad más rentables para muchas universidades”¹⁸.

Se suma a este panorama una oferta de especializaciones y postgrados en Comunicación para personas de otras profesiones. Este fenómeno obliga a evaluar la necesidad de cursar una carrera completa de periodismo o de optar por un postgrado con énfasis periodístico. El avance que hace 40 años se dio hacia la profesionalización del periodismo, ahora se está reconsiderando y los profesionales de los medios de comunicación comienzan a tener otras fuentes de formación académica, como sucedió en los inicios del oficio en Colombia.

Las prácticas y el espectro de acción periodística también han cambiado. La Internet, la multimedia, la digitalización de los medios, las nuevas tecnologías de información y los

¹⁸ “Colombia, un país que produce periodistas por montones”, en *El Nuevo Siglo*. Tomado de página oficial Ministerio de Educación Nacional. <http://www.mineducacion.gov.co/cvn/1665/article-116553.html> .

medios alternativos han obligado a modificar los contenidos y los formatos de la información y han llevado a que creadores y productores estén cada vez más comprometidos con las nuevas posibilidades informáticas tales como plataformas, redes sociales y vínculos noticiosos internacionales. Igualmente, el doble título académico o los énfasis profesionales son cada vez más necesarios para los nuevos profesionales. La academia ofrece profundizaciones en temas como educación, medios comunitarios, comunicación organizacional, resolución de conflictos y nuevos medios.

María Alejandra Villamizar y Andrés Mompotes pertenecen a esta generación de jóvenes periodistas que ha visto de cerca cómo las nuevas herramientas tecnológicas y educativas han variado la forma de hacer y pensar el periodismo. A ambos se les propone hablar de cómo vivieron como periodistas esta primera década del siglo XXI. María Alejandra Villamizar habla sobre los momentos más difíciles de esta década y los retos que representaron para el periodismo nacional. Andrés Mompotes se centró más en lo que ha significado para el gremio y el oficio la llegada de las nuevas tecnologías y herramientas para la comunicación.

El día de la entrevista, María Alejandra vestía una chaqueta de jean y una *pashmina* de seda y calzaba tenis y su tez lucía sin una sola gota de maquillaje. El atuendo habitual e informal con el que los actuales periodistas trabajan y hacen su ejercicio de reportería, crea un ambiente de confianza y cercanía con las fuentes. Pidió una soda Ginger Ale con limón, una de sus bebidas favoritas, y después de refrescarse un poco, empezó a hablar de sus recuerdos y experiencias. Esta joven mujer se siente orgullosa de haber nacido en provincia. Llegó a la capital para realizar los estudios de periodismo en la Universidad Javeriana de Bogotá y desde que se graduó ha trabajado en tantos y tan diversos medios que ella misma reconoce que “prácticamente no me falta ninguno en el cual trabajar”.

Cuando terminaba el siglo veinte y empezaba el nuevo milenio, María Alejandra se recuerda como una aprendiz de periodista. Ella vio de cerca cómo dos hechos sacudieron al país y pusieron a prueba el periodismo nacional: el terremoto del Eje Cafetero el 25 de enero de 1999, y en marzo del 2002 el fracaso rotundo de las negociaciones de paz en el Caguán.

En ambos sucesos se probó la capacidad de los medios colombianos para asumir y registrar éticamente el drama humano. María Alejandra cubrió la tragedia de Armenia y

pudo retratar la desesperación de la gente buscando a sus familias entre los escombros, y el asalto en los mercados en búsqueda de víveres. Por este motivo, ella ahora se cuida de pronunciar el término *terremoto* en tono de broma. “Antes tenía la costumbre de decir que había sucedido un terremoto en mi casa, cuando estaba desordenada. Ya ni pronuncio esa palabra. No tiene ni punto de comparación con lo que realmente es un terremoto”, afirma. Esto le dio una lección acerca de la necesaria precisión del uso de las palabras tanto en el periodismo como en la vida cotidiana.

La tragedia del Eje Cafetero condujo a que muchos profesionales del periodismo dejaran de ser reporteros distantes. Se involucraron en el drama e incluso se convirtieron en voluntarios para ayudar a las víctimas, levantar los escombros, llamar a las emisoras, canales y casas editoriales para solicitar ayuda nacional e internacional. Gracias a la intervención de los periodistas, el cubrimiento de la tragedia del Eje Cafetero ganó en realismo y humanidad. Por los trabajos periodísticos se conocieron aristas diferentes de la sociedad: cierta desidia estatal, la valentía y la solidaridad de un pueblo cuyos enfermos esperaban resignadamente en los hospitales y no se quejaban porque pensaban que el paciente de al lado podía estar en peores circunstancias, y la indiferencia de algunos pobladores del norte de Armenia con el desastre humano de los barrios populares. También se vio cómo muchos países conocieron a Colombia por la hecatombe registrada en los medios internacionales.

María Alejandra y sus compañeros trabajaban de día con el miedo de otra sacudida telúrica, y de noche escribían a la luz de las velas. Sentían sed y hambre pero aguantaban sus necesidades porque sabían que las ayudas humanitarias tenían como prioridad a los damnificados. “Fue una experiencia muy fuerte, muy exigente, pero también muy bella porque pudimos ayudar a la gente, acompañarla en su dolor”, sostiene.

Otro de los hechos importantes e igualmente frustrantes a principios de siglo fue el rompimiento abrupto de las negociaciones de paz en el Caguán en marzo de 2002. En los primeros dos años del nuevo milenio, el presidente era el conservador Andrés Pastrana. Él comenzó en 1999 el proceso de negociación con las Farc en el municipio de San Vicente del Caguán ubicado en la denominada Zona de Distensión. El proceso terminó en 2002 por la falta de garantías en las negociaciones y de una estrategia y como consecuencia de los

múltiples y variados puntos en la agenda negociadora y la negación rotunda de las Farc a dejar sus actividades delictivas.

Paralelamente a la negociación se firmó el Plan Colombia, alianza militar con el Gobierno de los Estados Unidos que tenía como objetivo fortalecer las Fuerzas Militares y el sistema judicial colombiano para luchar contra la guerrilla y el narcotráfico. En palabras del ex presidente Andrés Pastrana, el Plan pretendía “buscar la paz y la defensa de las instituciones democráticas y luchar contra el narcotráfico, con una estrategia que buscaba adelantar una alianza entre los países productores y los países consumidores de narcóticos basada en los principios de reciprocidad e igualdad”¹⁹.

La frustración por el mal término de la negociación se convirtió en una obsesión para María Alejandra Villamizar. Desde aquel momento se afianzó su interés por el tema de la violencia y los procesos de paz. Su mayor anhelo como reportera consistía en cubrir el momento en que se firmara la paz en Colombia. Por eso en su biblioteca tiene una colección dedicada a la historia de las guerrillas colombianas y al nacimiento de los paramilitares. También es la razón fundamental por la que se ha orientado hacia el trabajo de redacción e investigación periodística en temas políticos, conflicto armado y derechos humanos.

El vivo interés por estos temas lo manifiesta en uno sus artículos cuando aún era la jefe de redacción de el diario *El Tiempo* (2005): “El Gobierno y el Eln se echaron el viernes el morral al hombro. Han tenido tiempo para prepararlo y asegurarse de que llevan el equipo necesario para sobrevivir a campo abierto y resistir las tempestades. Tienen un mapa con miles de caminos que no conducen a un lugar concreto porque es una expedición hacia lo desconocido, pues en eso se ha convertido la paz en Colombia: en un punto de llegada que nadie se atreve a pintar en un papel. En ese plano, que muchos otros han rayado, retachado y reteñido, también están marcados los obstáculos que deben sortear”²⁰, escribe en el artículo *Expedición a lo desconocido*.

Cuando se le preguntó qué experiencia la ha marcado en referencia a la violencia del país, bajó la mirada, se miró las uñas cortas y sin esmalte y comenzó a narrar una anécdota. Un día, mientras trabajaba en el noticiero de televisión 24 Horas, la enviaron a cubrir una

¹⁹ Pastrana, Andrés. “Documento oficial y definición del Plan Colombia”. *Presidencia de la República*, 1999.

²⁰ Villamizar, María Alejandra. “Expedición a lo desconocido”, en diario *El Tiempo*, 2005.

masacre en el Magdalena Medio. Como si se preparara para un paseo, empacó algunos objetos personales en su mochila y se puso unos yean y unas botas pantaneras para “caminar por la trocha”. Cuando llegó al lugar se estremeció al ver que en todas las direcciones hacia donde miraba había cuerpos destrozados. Nunca había presenciado una masacre. Había visto muy pocos muertos en su vida, y en ese día vio muchos en el centro de la plaza de un pueblo. Entendió que “la violencia en Colombia era de verdad, verdad, y que en las combates hay muertos”, recuerda.

Desde la década de 1980 hasta el 2010 han sido muchas las tragedias colectivas, masacres y desplazamientos de pueblos y comunidades enteras que han ocurrido. Según la investigadora María Victoria Uribe en su documento *Enterrar y callar: las masacres en Colombia*, se tienen registradas 1.228 masacres con 8.000 víctimas. A finales de la década de 1990 las masacres se constituyeron en una de las formas de violencia más comunes, en especial en la zona esmeraldífera de Boyacá, Meta, Cesar, Antioquia y el Magdalena Medio. En esta última zona, María Alejandra Villamizar recuerda su primer contacto con la guerra.

Esa experiencia dejó en ella un hondo y oscuro recuerdo. Ese día, mientras recorría la plaza del pueblo, encontró tirados en el suelo los cuerpos inertes de varias guerrilleras. Esas “niñas de la guerra” podían tener la misma edad de Alejandra. El camuflado, las botas y las armas no las diferenciaban mucho de los compañeros de combate. Entonces la reportera se percató de que ellas, como cualquier mujer, se pintaban las uñas y los labios de rojo, cereza y morado. La vanidad es una característica tan humana que no diferencia bandos, intereses y versiones políticas. “La violencia armada tiene cosas muy confusas, versiones contradictorias. Se estaba diciendo que entre las víctimas se hallaban unos bandidos, pero yo lo único que veía era a unas chicas de uniforme, con las uñas pintadas y tan víctimas como los demás”.

Esta experiencia determinó para siempre la carrera profesional de María Alejandra como reportera y testigo. Dice que hay una responsabilidad de los periodistas que consiste en “humanizar con el lenguaje y los enfoques” las versiones de los combates.

La masacre a la que asistió Alejandra Villamizar fue, según se informó, responsabilidad de los grupos paramilitares. Estos grupos nacieron hace varias décadas y se fortalecieron como estructura en la década del 2000. La expansión y la consolidación de las

actividades paramilitares se fueron acelerando desde los gobiernos de Ernesto Samper y Andrés Pastrana. Después de 1995, los paramilitares agudizaron y degradaron aun más la violencia del país porque formaron alianzas estratégicas con el narcotráfico, algunos terratenientes y políticos. Se los considera unos de los principales responsables de las mayores y más tristes orgías de sangre de todo el territorio nacional. Hasta ahora empiezan a salir a la luz pública las escalofriantes historias de jefes y mandos medios paramilitares, gracias a la Ley de Justicia y Paz. Según el documento de la Unidad de Justicia y Paz de la Fiscalía, resultado de la confesión de cerca de 4.000 paramilitares desmovilizados, hasta principios del 2010 se hablaba de “30.000 homicidios, 1.000 masacres y 2.500 desapariciones”²¹.

Los escándalos en relación con los paramilitares han ido en aumento. La complicidad entre ellos y algunos políticos ha sido un tema ampliamente difundido en la prensa nacional. Igual que lo sucedido durante los años noventa con el Proceso 8.000, los periodistas colombianos también rechazaron las acciones de los congresistas implicados en el denominado *proceso de la parapolítica* que estalló a finales de 2006. Este escándalo puso a prueba la independencia y la calidad investigativa de los medios colombianos. El periodista Javier Darío Restrepo en su columna *La parapolítica y la prensa*, del diario *El Espectador*, señala que aunque reconoce el trabajo y la lucidez en la prensa en este escándalo al no dejarlo en la impunidad, también se debe destacar que “mucho de lo que se publicó y difundió estaba sin crítica ni análisis, que ayudó a crear en el país un ambiente de confusión y desconfianza”²², sentencia en su análisis.

Aparte del escándalo de la parapolítica, otros hechos nacionales e internacionales de esta primera década del siglo modificaron la visión y la acción periodística. El secuestro de Ingrid Betancourt y Clara Rojas ocurrido en abril de 2002, el escándalo posterior por el nacimiento de un hijo de Clara en la selva y el rescate de Ingrid junto con diez militares colombianos y tres estadounidenses en la denominada *Operación Jaque* en 2008, puso en evidencia varios fenómenos del periodismo ante la opinión pública. Los periodistas cayeron en la cuenta del enorme poder que poseen al visibilizar o no a los seres humanos. Mientras los medios popularizaron la imagen de Ingrid, de nacionalidades colombiana y francesa y

²¹ Datos de la Unidad de Paz de la Fiscalía. Año 2009.

²² Restrepo, Javier Darío. “La parapolítica y la prensa”, en diario *El Espectador*. 30 de mayo de 2008.

que se convirtió en el icono de la libertad internacional, otros secuestrados no cuentan con la misma suerte y simplemente son un número más en las listas de víctimas del secuestro.

El 2 de marzo de 2008 cayó abatido alias *Raúl Reyes*, el entonces segundo jefe guerrillero de las Farc. Frente a este hecho los periodistas se debatieron ante el dilema ético e informativo de presentar la noticia como un acto de un Estado en defensa de su seguridad o como una violación de límites entre dos países fronterizos.

En el plano internacional, al principio de la década del 2000, dos aviones Boeing 767-300 de American Airlines y otro de United Airlines se desviaron de su ruta a las 8 y 45 de la mañana y se estrellaron contra las torres del World Trade Center de Nueva York. Éste ha sido considerado el ataque terrorista más grande de la historia porque cobró la vida de tres mil personas y mostró al mundo que nada iba a ser igual desde aquel siniestro día. El responsable fue el grupo terrorista islámico de Al-Qaeda. No pasó mucho tiempo para que se declarara la guerra de Estados Unidos contra Afganistán (2001) e Irak (2003), países que supuestamente apoyan el terrorismo internacional. Los españoles sintieron un impacto similar el 11 de marzo de 2004 cuando 191 personas murieron como consecuencia de un atentado contra un tren de Madrid.

En este contexto se transformó el lenguaje del periodismo nacional e internacional. Expresiones bipolarizadas y de tono casi religioso, como “Eje del mal”, “la guerra entre Dios y el Diablo” o la reconocida expresión de “amenaza terrorista”, tienen desde aquel día resonancia constante en la prensa colombiana e internacional. “La complejidad del hecho terrorista encierra numerosos problemas de corte lingüístico en relación con los medios de comunicación. Por esta razón los medios deben poner todos los recursos de que disponen al servicio de esa lucha contra los terroristas que los estados democráticos realizan desde postulados igualmente democráticos”²³, afirma Luis Veres, periodista español que hace referencia al deber de los medios en relación con el terrorismo en su texto *El signo perverso: sobre lenguaje, terrorismo y práctica periodística*.

En relación con estos eventos nacionales e internacionales, María Alejandra Villamizar y Andrés Mompotes coinciden en pensar que desde el año 2000 las noticias y los hechos que encabezan los principales titulares son cada vez más espectaculares,

²³ Veres Luis, “El signo perverso: sobre lenguaje, terrorismo y práctica periodística”, en *Revista Latina de Comunicación Social*. Madrid, 2002.

explosivos, dramáticos y de enormes dimensiones. Paradójicamente son fugaces y a veces tan olvidados como los pequeños sucesos, las noticias cotidianas y locales que tienen repercusiones de corto alcance.

En este nuevo siglo la memoria es “portátil”, “intercambiable”, “fácilmente adquirible” y “elegible”, pues el mercado tecnológico ofrece para todos los gustos. La memoria de muchos ciudadanos del mundo depende de si llevan o no en sus maletines sus computadoras portátiles, memorias USB, iPod, Mp3, Mp4 y la última novedad de Apple, el iPad. Es imposible desligar este nuevo milenio de la sorprendente carrera tecnológica.

En la década de Los Beatles empezó el fenómeno de la Internet, pero su impacto y los cambios que iba a generar sólo se sintieron treinta años después. En el ámbito colombiano el impacto más contundente se ha presentado en la primera década del 2000. La red ha cambiado la manera de producir noticias y de consumirlas. El periodismo es una de las profesiones que más ha sentido cambios importantes de las prácticas profesionales. Las nuevas plataformas virtuales, las redes sociales, los recursos multimedia (fotografía, video, audio, texto) permiten a los usuarios y periodistas intercambiar, procesar y recibir contenidos y noticias de manera sencilla, ilimitada e incontrolable.

Se puede hablar de dos categorías de sujetos que tienen un papel activo en la recolección, producción, análisis y distribución de noticias e información actualmente: el periodista digital y el periodista ciudadano. Estas dos figuras toman cada vez más fuerza y determinan un cambio irreversible de la manera de concebir y entender las prácticas, el trabajo con las fuentes y la relación de los periodistas y la audiencia. El lector-usuario abandona ahora su papel pasivo y participa activamente en el proceso de creación de contenidos, envía sus fotos, videos, denuncias y opiniones a los medios masivos o crea sus propios medios alternativos para publicarlos. El periodista digital ya no sólo tiene acceso a fuentes tradicionales sino que puede además incorporar otras fuentes alternativas de información como documentos, noticias de la prensa mundial y testimonios de personas y especialistas de otros lugares del mundo con los cuales puede llegar a comunicarse a distancia por múltiples canales.

Sin importar las fronteras, se han incrementado los vínculos informativos y de intercambio de opinión y se ha ampliado el espectro de la comunicación a todos los que tienen acceso a estas nuevas plataformas y tecnologías. Según el periódico *El País* de Cali,

que cita el Estudio de Consumo de Internet (ECI) realizado a comienzos de 2010, “20,7 millones de colombianos usan Internet, es decir, el 46 por ciento. Estas cifras ubican a Colombia como el tercer país de Latinoamérica con mayor acceso a Internet después de Chile y Argentina. Esta revolución se evidencia en que las cifras sitúan a Colombia como el decimoprimer país del mundo que más utiliza la red social de Facebook, con 7,2 millones de usuarios, es decir el primero de Latinoamérica”²⁴.

Hasta ahora ningún medio de comunicación tradicional ha logrado un éxito semejante al de la convocatoria masiva por la paz y la liberación de los secuestrados que se realizó en Colombia a través de la red social Facebook el 4 de febrero de 2008. El grupo Un Millón de Voces Contra las Farc, además de mostrar el desprecio y rechazo explícito por las acciones del grupo guerrillero, puso en evidencia el poder de la comunicación y la denuncia de estos foros sociales de la Internet.

Andrés Mompotes tiene una opinión muy clara sobre esta situación particular que están experimentando los medios de comunicación. “Los que vivimos en esta generación estamos siendo testigos de una especie de cisma, una de las circunstancias más emocionantes de la industria de los medios. Unos lo ven como el punto de quiebre, otros lo ven como la oportunidad para mejorar. Lo cierto es que estamos en un momento como cuando se creó la imprenta, o cuando apareció la televisión”, sostiene. Especialista en prensa, Mompotes ha notado el progresivo impacto de las nuevas tecnologías sobre ella. La prensa es la que más fuertemente siente los reveses de la era digital. La audiencia cada vez ve menos la necesidad de adquirir los periódicos, cuando la computadora ofrece una versión *web*.

María Alejandra Villamizar ha tenido la posibilidad de conocer y participar en los diferentes formatos mediáticos, por lo que considera que “el periodismo de calidad es el que tiene que librar la batalla por sobrevivir”. Ahora muchos publican, opinan, crean *wikis* (abreviatura de la enciclopedia de construcción virtual Wikipedia), *blogs*, grupos sociales, galerías de fotos y foros. Los periodistas además de poder generar y estar presentes con todas estas herramientas, deben brindar información de calidad, fiable y bien investigada.

Por donde quiera se vaya, es común ver a los “nativos digitales”, concepto creado por el investigador y filósofo argentino Alejandro Piscetelli. A este grupo pertenecen

²⁴ “Estudio de consumo de Internet”, en *Periódico El País*. Cali, 2010.

algunos hombres y mujeres menores de 35 años que han nacido y se han criado en la era digital, lo que les ha creado una dependencia absoluta con las nuevas tecnologías de la información. A esta generación pertenecen aquellos hombres y mujeres concentrados en la pantalla de su portátil mientras toman un café, almuerzan o van en el taxi, los que están pendientes del sonido agudo que se genera desde el *chat* de su Blackberry o los que se divierten espontáneamente mientras leen los comentarios de sus amigos de Facebook. Estos “nativos digitales” son las nuevas audiencias que hay que conquistar y seducir. Lo cual se constituye en todo un reto porque su capacidad de sorpresa y de lograr captar su interés no es una tarea simple.

En este sentido están de acuerdo Andrés Mompotes y Alejandra Villamizar. “Lo que va a sobrevivir no es necesariamente algún tipo de plataforma. Lo que sí va a ser claro es que la información seguirá siendo una necesidad para la sociedad. La manera en que se muestra y se empaqueta es una cosa muy distinta. Más allá de si se es capaz de montar una página, hacer un multimedia, lo que prima es la calidad como periodista, la capacidad para contar, la ética, la profundidad, el análisis y la crítica. Conocer todas las herramientas no garantiza que se esté haciendo un buen periodismo. Al buen periodismo no lo reemplaza ningún cambio de plataforma”, sostiene Mompotes.

El Premio Simón Bolívar de Periodismo se ha pronunciado sobre los cambios que están operando actualmente con la globalización y las nuevas tecnologías. En la ceremonia de entrega de los premios en el año 2007, el doctor José Alejandro Cortés destacó: “Vivimos, sin duda alguna, una nueva era en el periodismo. De los medios nacidos de pequeñas empresas familiares con marcados ideales políticos, hemos pasado a la era de la globalización, de los grandes conglomerados en los que convergen múltiples empresas dedicadas a diversos aspectos de la comunicación: periódicos, radio, televisión, revistas, publicidad, editoriales, medios virtuales, televisión por cable y todos los demás negocios afines. Ante la embestida feroz de los medios electrónicos, la permanencia de la prensa escrita se ha convertido en un reto titánico. Los esfuerzos que hoy realizan varios de nuestros medios locales y regionales por salir adelante a través de audaces alianzas

comerciales y la innovación permanente de sus productos, merece todo nuestro reconocimiento y apoyo”²⁵, sentencia en su discurso.

Hasta la edición de 2009, el Premio no tenía en cuenta categorías para los trabajos publicados en medios electrónicos. Al dar inicio a la segunda década de este milenio, se abrieron dos nuevas categorías de premiación: Premio al Mejor Trabajo Periodístico hecho exclusivamente para Internet, y Premio al Mejor Portal Periodístico. Esto se constituye en una muestra de que el Premio va a la vanguardia y con las transformaciones del ejercicio periodístico. Respecto de este tema el vicepresidente de Responsabilidad Social de Seguros Bolívar, Fernando Cortés McAllister, afirma: “El premio debe seguir avanzando conforme los periodistas, los géneros, los medios y las tecnologías cambien. Allí estaremos siempre nosotros acompañándolos como desde hace 35 años”.

Durante la primera década de 2000, el Premio ha establecido categorías adicionales y ampliado las posibilidades para las nuevas generaciones y para otros segmentos de la información. Las categorías tradicionales con las que terminó la década de los noventa eran las siguientes: Gran Premio a la Vida y Obra de un Periodista, Periodista del Año, Cubrimiento de una Noticia, Mejor Entrevista, Humor, Mejor Crónica o Reportaje, Caricatura, Mejor Artículo de Opinión y Mejor Fotografía. Todas se premiaban -y se premian- en radio, prensa y televisión.

Ahora se han agregado a la lista las categorías la de Empresario del Año, Artículo o Emisión Cultural, Artículo o Emisión Deportiva, Artículo o Emisión Económica, Artículo o Emisión de Educación, Investigación, Seguimiento de una Noticia, las Becas al Periodismo Joven y las dos nuevas enfocadas a los medios electrónicos. La importancia que han obtenido otros temas como la educación, la cultura, la economía y el deporte demuestra cómo se da una mayor especialización de temáticas específicas del periodismo y también cómo los medios de comunicación han optado por tener un formato de magazín para interesar a un público más exigente y ansioso de información. Igualmente, el hecho de premiar a los Empresarios del Año es un reconocimiento y un estímulo a los altos ejecutivos y administradores de los medios, los cuales mantienen viva una industria de difícil sostenimiento.

²⁵ Cortés, José Alejandro. Discurso: “Globalización de la comunicación con un periodismo independiente”, en *Revista Ganadores, Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar*. Edición No. 6. Bogotá: Panamericana Formas e Impresos, marzo 2008. p.5

Andrés Mompotes y María Alejandra Villamizar son dos jóvenes periodistas galardonados con la Beca al Periodismo Joven. Recuerdan con emoción cuando asistieron al Taller de Nuevo Periodismo Iberoamericano en Cartagena. María Alejandra precisa que fueron diez días en los que pudo compartir con grandes maestros del periodismo. “Este taller me ayudó a reafirmar mi destino periodístico, a reconocer que yo podía seguir haciendo buenos artículos”, afirma Alejandra quien además de obtener este galardón, recibió el de Mejor Entrevista en 2005.

Andrés Mompotes considera que el Premio es un estímulo a la labor valiente y sacrificada de muchos periodistas. Él cubrió en sus inicios como reportero las noticias regionales de Cali, pero con sentido crítico reconoce que los sueldos y las condiciones de trabajo de la prensa regional no son buenos. “Si no fuera por este tipo de premios públicos, la sociedad estaría demostrando que no le interesa conocer las versiones de un hecho, sentirse informada o reflexionar sobre los temas que los medios ponen sobre la mesa. En últimas, lo que hace el periodismo es defender, denunciar y estimular al público para que reflexione y tome las mejores decisiones”, afirma Mompotes.

Los recuerdos de Mompotes sobre sus vivencias y aprendizajes en el Taller de Periodismo lo sacan de su cargo actual de subdirector informativo del diario *El Tiempo* y lo sitúan en la tropical Cartagena, sede del Taller de Periodismo. Dice que cuando ganó la Beca no podía describir la emoción que sintió al llegar a los salones y encontrarse de frente con leyendas nacionales e internacionales del oficio. Durante aquellos días entendió que la profesión periodística siempre está en constante cambio, con nuevas tecnologías y nuevos estilos y fórmulas para narrar. Comprendió que el periodismo nunca es el mismo y el periodista tampoco. “La Beca busca sembrar conocimientos y fortalecer la vida de los jóvenes periodistas. Esto es invaluable. El dinero o los diplomas pueden acabarse o coleccionarse, pero la Beca es una inversión intelectual que no tiene precio”, afirma Mompotes.

Cada vez que tiene la oportunidad, sugiere que ser un buen periodista implica, entre otras muchas cualidades, tres condiciones fundamentales: la formación cultural y académica, el profesionalismo y la disciplina. Antes de ser periodista, se graduó en una academia militar donde aprendió que la disciplina es una virtud expresada no sólo en hábitos como levantarse temprano o ducharse con agua helada, sino también como una

cualidad que se puede aplicar en una profesión tan humana como el periodismo. Además de jefe de redacción de uno de los diarios más importantes del país, funge de catedrático. Desde hace un par de años dicta clases a estudiantes de periodismo de la Universidad Sergio Arboleda. Cuando se le pregunta sobre el consejo más importante que da a sus alumnos, no duda en señalar: “Yo les digo en la primera clase que para ser un buen periodista, además de hacer una propuesta novedosa, debe conocerse lo que hay detrás de esa propuesta, conocer el pasado, mirar la historia con juicio de periodista y disciplina de soldado”, afirma.

María Alejandra dice no tener paciencia ni vocación para formar estudiantes. Prefiere organizar equipos periodísticos, tener cargos de editor de trabajos y orientar los enfoques de la información. Su sueño más próximo consiste en convertirse en una de las voces más influyentes de la política del país.

A ambos les complace la idea de que la próxima entrevista fuera en la entrega del Premio Simón Bolívar de Periodismo 2010. Ya no concursan por la Beca de Periodismo Joven. Ahora compiten por otras categorías. Como periodistas maduros tienen nuevas expectativas sobre su profesión y nuevos anhelos y están abiertos a todos los cambios profesionales que se generen en la segunda década de este milenio. Al fin y al cabo el periodismo no se agota.

Epílogo

Las reflexiones sobre el transcurrir del periodismo contemporáneo en Colombia y ilustradas con las experiencias y voces de seis periodistas, resultó un ejercicio que permitió diferenciar posiciones, establecer momentos clave y tejer relaciones. Ésta fue la razón por la cual se decidió dividir el trabajo en tres partes y en cada una trabajar una década de trayectoria del periodismo en el país y paralelamente del Premio Simón Bolívar. Así, este trabajo periodístico que tiene como personaje principal el Premio Simón Bolívar de Periodismo, quiso evidenciar cómo desde hace más de treinta años con cada nominación y entrega anual del premio ratifica que el oficio periodístico colombiano es una actividad legitimadora de la mayoría de hechos sociales con relevancia para el país durante las últimas tres décadas y media.

Para bucear en cada década se escogió a dos periodistas que revelaron sus sentimientos, pensamientos y experiencias profesionales y que enseñaron por qué a pesar de las dificultades, el periodismo sigue siendo el oficio más bello del mundo.

El rastrear las vivencias y recuerdos personales de estos personajes se constituyó en un ejercicio que permitió destacar algunos cambios, transformaciones y continuidades del periodismo y del Premio en un periodo de transición del siglo veinte al siglo veintiuno o nuevo milenio y que con un poco de flexibilidad temporal abarca más de tres décadas exactas, prácticamente cuatro. Las entrevistas permitieron también hacer comparaciones entre una y otra experiencia, establecer puntos de relación y crear nexos con el contexto de cada década, cuestión que no hubiera sido fácil si se trabajara con las entrevistas individuales. Es en extremo ambicioso, por no decir insostenible, abarcar y profundizar en todos los hechos que han marcado la consolidación y construcción de la profesión en el país durante estas casi cuatro décadas. Por ello es importante reconocer que cualquier trabajo tiene sus limitaciones. En este sentido, al escoger unos escenarios particulares y seleccionar apartes específicos de las entrevistas, fijan límites que impiden incluir todos los matices y contenidos deseados. La elección de los hechos fue subjetiva y atada a las anécdotas de los protagonistas. Con certeza se pueden establecer muchas más relaciones y destacarse un sinnúmero de hechos que escapan al presente trabajo.

La institución del Premio Simón Bolívar de Periodismo ha presenciado las transformaciones y avances de la profesión durante estas décadas. Los seis periodistas protagonistas comparten el hecho de ser ganadores de tal reconocimiento. Este vínculo permitió abarcar otros temas importantes del periodismo colombiano, entre ellos, el reconocimiento social de la profesión, las condiciones laborales y económicas y la necesidad de ofrecer incentivos y gratificaciones para estimular el ejercicio de esta profesión.

Este galardón es históricamente el primer reconocimiento nacional a la profesión. Se fundó en la mitad de la década de 1970, periodo de notables modificaciones académicas, como la creación legales y prácticas para el periodismo, que lo cambiaron para siempre. Los periodistas de la siguiente década salieron a ejercer el oficio en un país azotado por la violencia, el narcotráfico y el terrorismo. En los años previos al fin del siglo anterior, el escándalo del Proceso 8.000 puso a prueba la ética, la responsabilidad y la capacidad de

denuncia de los medios de comunicación colombianos. Al comenzar el presente milenio, las nuevas tecnologías de la información y acontecimientos de talla mundial como el atentado del 11 de septiembre en Nueva York dieron un vuelco definitivo a la profesión.

Estas y otras realidades han marcado los últimos cuarenta años del periodismo colombiano. Pueden pasar las décadas, cambiar la estética y el formato de presentación de los contenidos periodísticos; aparecerán nuevas herramientas tecnológicas que con toda seguridad desplazarán a las presentes; los géneros se renovarán, la narrativa cambiará y la relación entre medios, periodistas y públicos tendrá múltiples mutaciones, hechos que en las palabras acertadas de Andrés Mompotes se resumen así: “Ni los periodistas ni el periodismo van a ser nunca los mismos”. Pese a ello deben mantenerse intactos los valores y las bases inmutables de responsabilidad, criterio, investigación, ética, respeto y buen dominio del lenguaje. Sólo de esta manera sobresaldrán los herederos de esta profesión. A ellos les corresponde contar la historia de los próximos años del ejercicio del periodismo colombiano.

Bibliografía

- Amaral, Ceballos Diego. *50 años de la Televisión en Colombia: una historia para el futuro*. Bogotá: Zona Caracol Televisión, 2004.
- Cepeda Fernando, “Discurso como Presidente del Jurado (1986)”, en *Premio Nacional de Periodismo: 30 años*. Bogotá: D’ Vinni, marzo de 2006. P 154.
- Collazos, Óscar. “Aparece la Televisión: la caja mágica”, en *Cincuenta días que cambiaron la historia de Colombia*. Bogotá: Planeta, 2004, p 232.
- Colombia, un país que produce periodistas por montones”, en *El Nuevo Siglo*. Tomado de página oficial Ministerio de Educación Nacional. <http://www.mineducacion.gov.co/cvn/1665/article-116553.html> .
- Cortés, José Alejandro. Discurso: “Globalización de la comunicación con un periodismo independiente”, en *Revista Ganadores, Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar*. Edición No. 6. Bogotá: Panamericana Formas e Impresos, marzo 2008. p.5.
- Cortés, José Alejandro, “Discurso pronunciado en la entrega de los premios en 1990”, en *Premio Nacional de Periodismo: 30 años*. Bogotá: D’ Vinni, marzo de 2006, p 217.
- Cortés, José Alejandro. Discurso: “Frente a la intimidación, una prensa audaz y valiente”, en *Revista Ganadores, Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar*. Edición No 5. Bogotá: Panamericana Formas e impresos, marzo de 2007.
- Datos de la Unidad de Paz de la Fiscalía. Año 2009.
- Estudio de consumo de Internet, en *Periódico El País*. Cali, 2010.
- Fernández, Juan B. “Discurso pronunciado por el Presidente del Jurado”, en *Premio Nacional de Periodismo: 30 años*. Bogotá: D’ Vinni, marzo de 2006, p 274.
- Holmes, Rudolf. *Doce años de neoliberalismo en Colombia*. Apuntes para un debate. Bogotá: 1999.
- Ley 51 de 1975 del Congreso de la República. 18 de diciembre de 1975.
- López De la Roche, Fabio. “Aprendizajes y encrucijadas del periodismo entre la paz de Pastrana y la Seguridad Democrática de Uribe”, en *Revista Palabra- Clave*. Bogotá: Universidad de la Sabana, 2005. P 7.
- Lleras, Alberto. “Discurso pronunciado día de la entrega del Premio a la vida y obra de un Periodista (1981)”, en *Premio Nacional de Periodismo: 30 años*. Bogotá: D’ Vinni, marzo de 2006. P 84.
- Melo, Jorge Orlando. “La interpretación en el país de las maravillas”, en diario *El Tiempo*. 18 de febrero de 2007.
- Melo, Jorge Orlando. “La libertad de prensa en Colombia: pasado y perspectivas actuales”, en *Fortalezas de Colombia*. Bogotá: Editorial Ariel y Banco Interamericano de Desarrollo, 2004.
- Pastrana, Andrés. “Documento oficial y definición del Plan Colombia”. *Presidencia de la República*, 1999.
- “Pablo se niega a partir”, en *Revista Semana*. 29 de noviembre de 2008.
- Restrepo, Javier Darío. “La parapolítica y la prensa”, en diario *El Espectador*. 30 de mayo de 2008.
- Yarce, Jorge. “Medios de comunicación y violencia”, en *Revista Arco*. Bogotá: Ediciones Arco, 1984.
- Veres Luis, “El signo perverso: sobre lenguaje, terrorismo y práctica periodística”, en *Revista Latina de Comunicación Social*. Madrid, 2002.

Vidal, Margarita. “Entrevista con Carlos Pizarro León Gómez”, en *Viaje a la Memoria*.
Bogotá: Espasa, 1997, p 299.

Villamizar, María Alejandra. “Expedición a lo desconocido”, en diario *El Tiempo*, 2005.